



Número 9, 2012

Directora: Vanina Papalini

Sección Monográfica:

Asia y África en perspectiva. Nuevos escenarios y miradas desde América Latina

Coordinadores: Dra. María José Becerra,
Dr. Diego Buffa y Dr. Juan José Vagni

Debates Intelectuales Contemporáneos:

Una etnografía y una sociología reflexivas del neoliberalismo. Tras las huellas de Loïc Wacquant

Coordinadores: Dr. Diego P. Roldán y
Dra. Alejandra Martínez

Sección Artículos y Reseñas

Consultar la Tabla de Contenidos para ver todos los títulos

INTRODUCCIÓN

UNA ETNOGRAFÍA Y UNA SOCIOLOGÍA REFLEXIVAS DEL NEOLIBERALISMO. TRAS LAS HUELLAS DE LOÏC WACQUANT

Diego P. Roldán¹

UNR-CECUR / ISHIR-CONICET

diegrol@hotmail.com

Actualmente existe cierto discurso sin teoría. Un empirismo radical no demasiado fundamentado se infiltra en la planificación de muchos trabajos de campo, entrevistas en profundidad, formulaciones cuantitativas y relevamientos de archivos. En estos casos, la materia empírica ha adquirido un estatuto análogo al de una revelación. Mediante artes casi secretas, lo empírico se ha vuelto capaz de iluminar su propia opacidad. Los discursos que adhieren a estas posiciones ocultan sus condiciones teóricas de producción. Por otra parte, como en una especie de universo paralelo e invertido, existe un entramado teórico de proposiciones más o menos universales, indefinidas, portátiles y aplicables a cualquier caso. Pero, también, estas teorías, como la descripción empirista, se proclaman autosuficientes y constituyen pequeños universos conceptuales cerrados, lógicamente impenetrables. Forman un discurso sin sujeto que desactiva sus condiciones empíricas de producción. Existen pocos pensadores capaces de establecer un nexo de retroalimentación permanente entre la reflexión teórica y el trabajo empírico. Influidos por la convergencia de la epistemología bachelardiana y la sociología reflexiva de Pierre Bourdieu, Loïc Wacquant es, sin duda, uno de ellos.

A fines de los años 1980s., Wacquant comenzó sus estudios en sociología en la Universidad de Chicago. Para investigar el gueto negro seleccionó un punto



de inicio, una base de operaciones y un observatorio para explicar las relaciones sociales que configuraron ese espacio estigmatizado y segregado del capitalismo avanzado. El lugar escogido fue un gimnasio, el Woodlawn Boys Club. Wacquant se inscribió en las clases de boxeo y con esa maniobra alteró su plan de trabajo. Abandonó la concepción del gimnasio como acceso al gueto y lo transformó en su objeto de estudio y el protagonista de *Entre las cuerdas* (Wacquant, 2005). Paralelamente, el cuerpo de Wacquant se transformó en una especie de laboratorio en el que se llevaron a cabo los experimentos de una sociología carnal. Desde su propia corporalidad, el etnógrafo ensayó mostrar y demostrar cómo funciona la producción de identidades, la pertenencia y el aprendizaje de mecanismos pre-discursivos. El oficio del etnógrafo requiere de estar allí en cuerpo y alma, no haciendo observación participante a lo Malinowski, sino invirtiendo los términos de ese método y sumergiéndose en una participación con observación. Pero esa participación etnográfica propone un intercambio radical entre el sociólogo y su objeto: incluye una conversión moral, sensorial y corporal.

Los riesgos de la etnografía de inmersión son tan numerosos como intensos. Si bien es necesario efectuar cierta transferencia con el objeto, la simpatía y la afinidad pueden transformarse en un arma de doble filo. El investigador debe controlar su trabajo de campo y controlarse a sí mismo en su interacción con el objeto. Esa es la tarea que Bourdieu (2000; 2006) establece con hipnóticos juegos de palabras: la objetivación del sujeto objetivante y la objetivación participante.

Sobre los populares libros de Castaneda, Octavio Paz (2000: 11) afirmó:

“Si los libros de Castaneda son libros de ficción lo son de un modo extraño: su tema es la derrota de la antropología a manos de la magia; si son una obra de antropología su obra no puede serlo menos: la venganza del “objeto” antropológico (un brujo) sobre el antropólogo, hasta convertirlo en hechicero.”

Salvando los abismos, en algunos momentos de *Entre las cuerdas* se observa la misma tensión existencial y científica, entre el sociólogo y el boxeador, entre Loïc Wacquant y Busy Louie. Wacquant supera ese trance amparado por el materialismo racional bachelardiano (Bachelard, 1976) y la



objetivación participante bourdesiana. Esa armadura epistemológica le permite entrar en el campo para transformarse en boxeador, para efectuar una etnografía experimental y exponer su cuerpo al aprendizaje práctico del boxeo. Con ella, consigue sortear los laberintos subjetivistas de la auto-etnografía y regresar del campo hecho un sociólogo (Wacquant, 2008/2009). Posiblemente, el mayor aporte de *Entre las Cuerdas...*, sin dudas uno de sus libros más potentes, consista en poner a prueba hasta las últimas consecuencias y a fondo la noción bourdesiana de habitus en correlación con la corporalidad, actualizar la teoría de la objetivación participante en la etnografía de inmersión y procesar experimentalmente al menos tres géneros de escritura: sociológico, etnográfico y literario. Varios de los textos aquí presentados muestran la perspectiva teórica y etnográfica que Wacquant desarrolló a partir de ese trabajo seminal.

Nuevamente de manera imprevista, otro de los temas fundamentales de Wacquant surgió de la interacción cotidiana en el gimnasio. Las historias de vida de los amigos y compañeros del Woodlawn mostraban una regularidad: todos habían estado en prisión y tenían algún tipo de contratiempo con la justicia. Todos eran negros, pobres y vivían en el entorno del hiper-gueto de los años 1980s. Habían quedado atrapados en medio de desestructuración del régimen de acumulación fordista, de las transformaciones económicas que formaron las condiciones para el ascenso de neoliberalismo, los brutales cambios del mercado inmobiliario, el desmantelamiento de las políticas sociales, el vertiginoso crecimiento del sector de servicios, la desertificación institucional del gueto y el recrudescimiento de la dominación etnoracial. Eran los residuos sociales del mercado regulado por la hegemonía neoliberal. La precaria existencia del subproletariado negro de las metrópolis dualizadoras estadounidenses necesitó de dispositivos estatales de gestión. El *workfare* y el Estado Penal se convirtieron en dos mecanismos para la administración de esas poblaciones excluidas de un mercado de trabajo que enfatiza la competencia absoluta e insiste en atribuir responsabilidades individuales,



comportamentales y psicológicas a procesos sociales. Empleos mal pagos, trabajo flexible y monstruosamente desregulado, con jornadas agotadoras y tareas humillantes marcan el destino social del precariado (Wacquant 2007 y 2010). Las transferencias condicionales de dinero (CCT, Cash Conditional Transfers) comienzan a expresar cierto desplazamiento y relevo del *welfare* por el *workfare*. Ese bienestar reducido y desvirtuado se presta a cambio del cumplimiento de algún tipo de obligación, tarea o rutina, deja de ser un derecho universal y se transforma en un intercambio, una transacción. Además, comienza a definirse en el universo de la responsabilidad individual, abandonando el de las necesidades sociales. En general estas formas de asistencia implican, en tanto que contraprestación, modalidades de trabajo desregulado y precarizado. Esa “asistencia” procurada por el brazo izquierdo, cada vez más delgado y presupuestariamente deprimido, del Estado Norteamericano es girada especialmente sobre las mujeres negras, jóvenes madres solteras que carecen de ingresos estables. Mientras, el brazo derecho del Leviatán, cada vez más robusto y costoso, es el encargado de barrer a los residuos sociales producidos por la gran transformación neoliberal de la economía del capitalismo avanzado en las primeras décadas del nuevo milenio. Son los esposos, parejas y novios de esas mujeres quienes se encuentran mayoritariamente bajo la tutela del brazo disciplinario del Estado Norteamericano. En las bodas del *Workfare* y el *Prisonfare*, Wacquant explora la correlación estructural y el complemento funcional de estos dos sistemas de regulación del precariado. Desmarcándose de las hipótesis clásicas, el sociólogo francés coloca en entredicho la oposición entre las políticas asistenciales y las penales. Abre un nuevo horizonte de reflexión donde esa diferenciación tradicional ingresa en la lógica de un principio de complementariedad tanto estructural como funcional. Asimismo, desbarata la idea que reduce las políticas penales al binomio del “crimen y el castigo” y explora sus funciones extrapenales. Wacquant exhuma los mecanismos históricos de la dominación etnoracial estadounidense y establece una secuencia de “instituciones peculiares” basadas en la asimetría, el confinamiento, el estigma y la explotación: el esclavismo, las leyes de Jim



Crow, el gueto negro de las metrópolis norteamericanas y la prisión. En la era iniciada con el ascenso de la hegemonía neoliberal, el gueto negro y el sistema penal aparecen vinculados por una triple relación de equivalencia funcional, homología estructural y fusión cultural. Quizá el sustituto del gueto sea la prisión, un mecanismo de confinamiento etnoracial de las fracciones menos dóciles del subproletariado negro que se resiste a las tecnologías neoliberales para la administración de la inseguridad social.

Finalmente, el ensayo sobre los cinco libros más significativos en la formación de Wacquant traza un recorrido posible por lo mejor de las ciencias sociales en el siglo pasado. Las dos primeras obras son una referencia ineludible para la sociología y la historiografía: *El Sentido Práctico* de Pierre Bourdieu y *La Sociedad Feudal* de Marc Bloch. En esa apretada lista de textos, Wacquant muestra también como lector su poco habitual capacidad para mixturar la evidencia y la teoría, los datos y el análisis. Los títulos de Bloch y Bourdieu trazan puentes y reconectan a dos disciplinas que unidas pueden formar quizá la más poderosa arma del pensamiento crítico: la historia y la sociología.

Wacquant (2010, 212) cierra *Las dos caras de un gueto* con una entrevista concedida a la ADEF (Asociación Argentina de Filosofía) en abril del convulsionado 2001. La última respuesta actualiza de forma admirable el programa del pensamiento crítico, programa que anima toda su producción intelectual. Afirma la necesidad de una “crítica despiadada de todas las cosas existentes” a la manera de Marx. Enfatiza la necesidad de

“...poner continuamente en tela de juicio las evidencias y los marcos mismos del debate cívico, para abrir la posibilidad de pensar el mundo en vez de ser pensados por él, de desmontar y de comprender sus engranajes y, por tanto, la posibilidad de re-apropiárnoslo tanto intelectual como materialmente.”

Los artículos publicados a continuación demuestran la potencia y la vigencia de este planteamiento.



Referencias bibliográficas

- BACHELARD, Gastón. (1976). *El materialismo racional*. Buenos Aires: Paidós.
- BOURDIEU, Pierre. (2000). "Objetivar el sujeto objetivante". En *Cosas Dichas* (pp. 98-101). Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre. (2006). "La objetivación participante", en *Apuntes de Investigación del CECYP*, 10(11), 87-101.
- PAZ, Octavio. (2000). "La mirada anterior". En Carlos, Castaneda, *Las enseñanzas de Don Juan. Una forma yaqui del conocimiento* (pp. 11-27). México: Fondo de Cultura Económica.
- WACQUANT, Loïc. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- WACQUANT, Loïc. (2008/2009). "Conexiones carnales. Sobre corporización, aprendizaje y pertenencia". *Pensar. Espistemología, política y ciencias sociales*, 3-4, pp. 11-41.
- WACQUANT, Loïc. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- WACQUANT, Loïc. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

Notas

¹ Los estudiantes del seminario "Corporalidades, segregación urbana y sufrimiento socio-ambiental" y Cecilia Pascual han intervenido de una manera silenciosa pero decisiva en la escritura de esta introducción. Les agradezco el intercambio de puntos de vista y las discusiones siempre interesantes y apasionadas. Y a Alejandra Martínez por todas sus iniciativas y por permitirme estas páginas.



CHICAGO FADE: VOLVER A PONER EL CUERPO DEL INVESTIGADOR EN JUEGO¹

Loïc Wacquant²

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

La investigación sociohistórica sobre el cuerpo –su configuración social, sus usos culturales y alteraciones físicas- ha experimentado una explosión sin precedentes en las últimas dos décadas, como lo ha demostrado la extraordinaria lluvia de monografías históricas, tratados filosóficos, indagaciones antropológicas y varios estudios inspirados en el feminismo o algún interés en la sexualidad, e incontables números especiales en revistas científicas que van de la literatura a la psiquiatría, para no mencionar el lanzamiento emblemático de este florecimiento que está convirtiendo en una moda, de la publicación cuatrimestral británica *Body & Society*, que apunta a actuar como un catalizador para la aplicación de teorías postmodernas y postestructuralistas a este objeto recientemente rehabilitado y repatriado al centro de las ciencias sociales y las humanidades.³ Sin embargo, esta profusión de trabajos sobre frentes múltiples presenta el llamativo y paradójico rasgo de invisibilizar los cuerpos “realmente existentes” sustituyéndolos por un cuerpo casi virtual construido con signos, portadores de códigos y pasivo (o recalcitrante) receptáculo de fuerzas socioculturales presuntamente externas a éste, en síntesis, un cuerpo más o menos reducido al rango de otro *texto* sujeto a un tratamiento hermenéutico esencial⁴.

Entre estos cuerpos de carne, portadores de historia y vectores de conocimiento visceral, extrañamente escotomizado por trabajos ostensiblemente dedicados a él, hay uno que es particularmente conspicuo en su ausencia: *el cuerpo del investigador*, aún cuando constituye, como Marcel Mauss sugirió hace mucho tiempo, su “primer instrumento” de conocimiento en tanto es a través de su cuerpo sensitivo y actuante que el sociólogo que realiza



trabajo de campo entra en contacto con el mundo vivido cuya lógica intenta capturar⁵.

Este texto apunta, aunque modestamente, a poner al investigador en escena como un ser carnal y sufriente - *leidenschaftliches Wesen*, tomando la expresión del joven Marx, cuya antropología filosófica fue en este sentido más precisa que aquellas, igualmente desencarnadas, del “actor racional” y el “hombre plástico” que han monopolizado los modelos de acción social a lo largo del siglo pasado⁶. Lo que sigue está extraído del diario de campo que llevé en el transcurso de mi inmersión etnográfica de tres años y medio durante la cual aprendí el oficio del boxeador en un gimnasio del ghetto negro de Chicago. Me había convertido en miembro del Woodlawn Boys Club de una manera inesperada, mientras buscaba un puesto de observación desde el cual seguir la pista a las estrategias sociales de los jóvenes del sub-proletariado negro de la ciudad. Pero rápidamente me encontré inmerso en el material, en los intercambios simbólicos y afectivos que tejen la textura cotidiana del gimnasio y gradualmente aprendí, por momentos con placer a veces con aprensión, y no con pocos episodios en los que me sentí extraño e incongruente para ajustarme a sus convenciones, para responder con las expectativas y requerimientos de sus miembros, y para adaptarme, físicamente así como moralmente, a sus peculiares demandas⁷.

El siguiente texto es un extracto (semi-editado) de mi diario de campo, datado en mayo de 1990, unos veinte meses luego de haberme unido al club, esto es, después de haber establecido sólidamente mi lugar en el círculo interno del sus habitués a partir de mi asiduo entrenamiento, mi total y sincero compromiso con los códigos de honor de los pugilistas (autenticado por mi pelea oficial en el torneo amateur Golden Gloves el invierno anterior), y a través de muchos servicios prestados fuera del gimnasio a mis compañeros. Relata una sesión de corte de cabello casero en el cual Curtis, la estrella creciente del gimnasio, arregla mi peinado de acuerdo con la moda negra americana de aquel momento para señalar, visual y corporalmente, mi plena membresía en el grupo.



La narración de esta escena algo banal arroja luz sobre tres importantes propiedades de la organización social y cultural del gimnasio. La primera es la creencia folklórica de que el cuerpo alberga “talentos”, habilidades que podrían posibilitar a aquellos que lo tienen, el éxito en la vida: Curtis establece un paralelo entre sus capacidades pugilísticas y su habilidad como barbero-peluquero, señalando de manera implícita la existencia de un *continuum de oficios corporales* a los cuales concierne su vocación de pugilista, oficios que son los primeros si no los únicos posibles para aquellos que no tienen más recursos que su capital corporal en la batalla por la existencia social.

En segundo lugar, el ofrecimiento del corte de cabello no podía ser rechazado, inscripto como lo estaba al interior de un ciclo más amplio de intercambios basados en la *reciprocidad*, una economía denegada que estipula que la persona que da debe también recibir en función de evitar el establecimiento de una relación asimétrica entre sí mismo y su destinatario. Dentro de los límites de esta economía social, las relaciones intrafamiliares ocupan un lugar central: el hecho de que Curtis corte el cabello de sus hermanos y sus hijos, y de su entrenador y “padre adoptivo” DeeDee, merecería una exégesis elaborada en sí misma, para mostrar cómo cortar mi cabello en público fue una manera de ubicarme en una relación de parentesco ficticio.

Finalmente, uno puede ver que la adquisición de competencias corporales infra-concientes que definen a los agentes conocidos y reconocidos en cualquier universo social⁸ también operan a través de modificaciones corporales tan anodinas como un corte de cabello, adorno o vestimenta, dieta o la transformación de la economía de los sentimientos.

El corte casero

En el teléfono, Curtis me pregunta si aún quiero obtener un *fade* (el estilo de cabello negro de moda en aquel momento en el ghetto). Él insiste: es su forma de ofrecerme un regalo –y por lo tanto de reestablecer una medida de reciprocidad en nuestros intercambios– mientras despliega sus habilidades



personales. Convenido. “Entonces baja al gimnasio ahora”. Voy justo después de las 13:30. Encuentro a Curtis lavando su Jeep Comanche detrás del gimnasio, música de rap estruendosa. Cuida mucho su auto. Acordamos en que él cortará mi cabello más tarde. [...] Mientras termino mi sesión de entrenamiento, antes de tener tiempo para cambiarme, Curtis me propone de nuevo cortar mi cabello. “No te duches, sólo sécate, puedes tomar tu ducha luego”.

Coloca una silla en frente del pequeño espejo donde hacemos “sombra” (shadow-boxing), cerca de la tabla para abdominales, con su espalda vuelta al espejo – pienso que es para que no pueda verme en él. De su bolso del gimnasio, extrae las enormes tijeras eléctricas que usa para cortar el cabello de sus hermanos y hermanas, y el suyo (en vísperas de sus peleas, siempre se corta él mismo un *fade*, que se completa dejando una pequeña colita de pelo detrás).

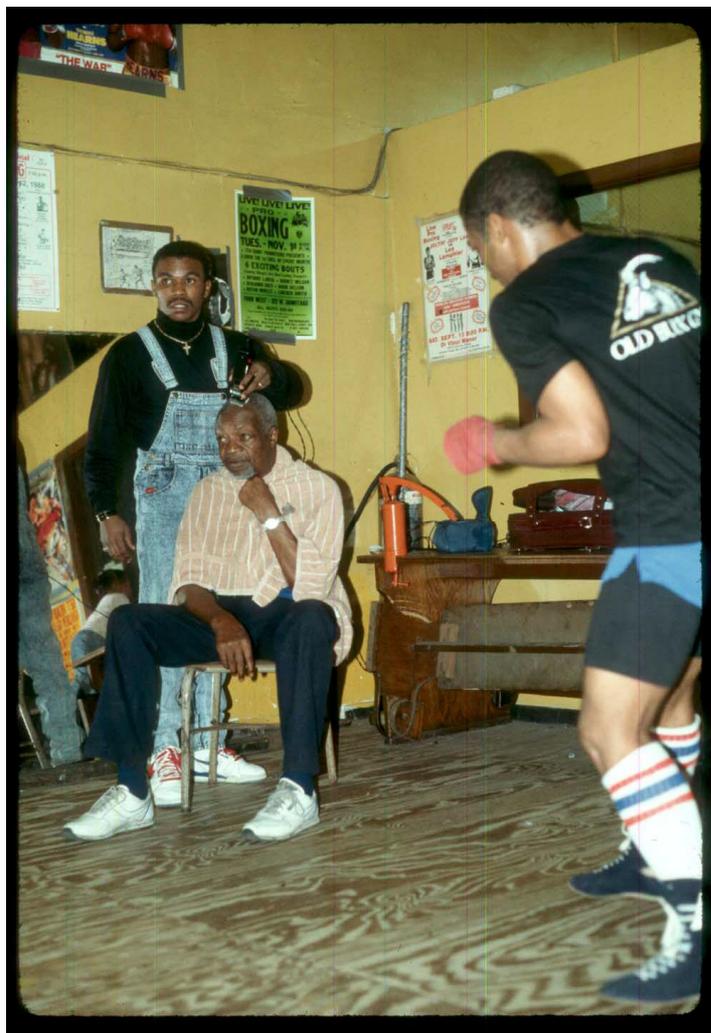
Enchufa el gran implemento y comienza a cortar mi cabello en la coronilla.

“Soy *talentoso con mis manos*, lo ves. Puedo hacer muchas cosas con mis manos... te cortaré el cabello como el de Christopher ¿Te gusta el cabello de mi hijo? Su *fade* está un poco desprolijito ahora... ¿Quieres una cola detrás?”

“No gracias, sin ella estaré bien”. Las largas pasadas de afeitado que realiza en mi cabeza jalan mi cabello y duelen mucho. Me digo a mi mismo que pasará, pero en absoluto: se siente como una barra hirviendo desplazándose por mi cráneo, como si Curtis estuviera tallando mi cabeza con un viejo y herrumbrado cuchillo. Es tan doloroso que quiero gritar y decirle que se detenga, pero no puedo decir nada. Él está tan feliz de hacerme el largamente prometido *fade* que no puede abstenerse de reír a carcajadas, “¡Louie quiere ser negro! ¡Sueña con ser negro ahora, *tanto desea ser negro que llora por eso cada noche!*” ¡Honestamente, no sé si podré soportar el dolor! Me contengo con la esperanza de que el padecimiento disminuya en la medida en que la masa de cabellos disminuya. Pero aún cuando el cabello está corto, Curtis

continúa apuñalando mi cráneo con pasadas de la afeitadora que son casi intolerables.

Cierro mis ojos y me estremezco. *Es pura tortura*, no puedo creerlo. Ni siquiera me animo a echar un vistazo al estado de sus tijeras. Los fillos deben estar completamente desafilados y torcidos, es incomprendible. En un momento, Curtis se detiene y abre las tijeras con un gran destornillador eléctrico, saca la masa de pelo atorada en los fillos y atornilla el instrumento de tortura nuevamente. Luego de veinte minutos de esta terrible experiencia, se da cuenta de que no estoy en absoluto cómodo: “¿Duele?” “Un poco, es porque el cabello está largo, supongo...” Luego se vuelve un poco más cuidadoso.



Curtis corta el pelo de DeeDee, mientras Ashante entra en calor (Foto: Loïc Wacquant).



Curtis trabaja en mi corte de cabello con todo el cuidado que puede mostrar. Necesitará unos buenos cuarenta minutos para terminarlo. DeeDee se pone impaciente y quiere irse a casa dado que ya son casi las 15.30. Le grita a Curtis, “¿Aún está Mark en los vestuarios? ¿Ha estado tanto tiempo? Dile que salga.” Curtis grita: “¡Mark! ¡Estás actuando como si estuvieras haciendo el amor! ¡Sal de ahí: sé un hombre!”

Mientras tanto, DeeDee observa la escena por el rabillo del ojo. El corte de cabello está casi terminado. Él aún no ha dicho nada. Curtis, de espaldas a DeeDee, se ríe por lo bajo. Le susurro “me sorprende que DeeDee no haya dicho nada aún.” (El viejo entrenador ha prometido echarme a patadas del gimnasio y enviarme al Parque Fuller –unas instalaciones anómicas del parque distrital en donde los boxeadores se aporrean sin reglas ni restricciones- si Curtis me cortaba un *fade*.)

Ambos estamos esperando a que él lance una diatriba en contra nuestro. Pero aún no dice nada. Momentos tanto tensos como divertidos. Finalmente, luego de mirarnos fijamente por un minuto completo, DeeDee sale a cerrar la puerta trasera del gimnasio. Mientras se da vuelta, lo oímos gruñir, “nunca he visto un chico blanco tan loco como ese”.

Pensé que el corte de cabello estaba listo pero no. Curtis da los toques finales usando sus tijeras sobre y a los costados de mi cabeza, y luego dibuja una raya con la rasuradora.

“Toma mucho tiempo porque el cabello de los blancos es diferente. El cabello de los negros, puedes sólo rasurarlo y sale bien. Pero si afeitas la cabeza de un tipo blanco, luce como abombado: su cabello crece desparejo. Por eso estoy tratando de cortar tu cabello de la forma en la que crece”.

Continúa: “Mi hijo tiene el pelo de la gente blanca ¿no te has dado cuenta de que Christopher tiene el pelo de la gente blanca? Tengo que engrasarlo y encresparlo antes de poder cortar su pelo. Es diferente”. DeeDee regresa, se planta en la puerta de la habitación trasera del gimnasio, y me mira fijamente – no estoy usando mis lentes pero puedo percibir su mirada incrédula y espantada. No pronuncia una sola palabra. No puedo resistir más y le pregunto, “entonces ¿cómo se ve DeeDee?”.



“Míralo por tu mismo cuando te veas en el espejo”.

“¿Pero cuál es tu apreciación?”

“No voy a decir nada”.

“¿Pero cuál es tu opinión?”

“No quieres oírlo. (se va a su oficina desde donde lo oigo refunfuñar)
¡Mierda! ¡Si fuera Liz, te echaría de la casa!”

Curtis devuelve el dardo: “pero Liz dijo que le parecía bien”.

Yo exagero: “Ella incluso pidió que me hiciera un fade”.

DeeDee, con un tono desanimado en su voz, como si estuviera batallando por una causa perdida: “¡entonces ella debe estar *loca también!*”

Eso es todo, el corte está completo. Curtis llama a todo el mundo. Pregunto “¿cómo luce?” Anthony silva su admiración y su sobrino Mark también. Mark exclama, “¡estás en llamas! Louie, te ves como Third Base”. Anthony: “Louie increíble, hombre”. Es la reacción general. Se ríen cuando señalo que la banda de rap que me contrató no es Third Base (un conjunto armado con dos músicos blancos) sino NWA, Nigger With Attitude (una banda dura del Centro Sur de Los Ángeles, la favorita de Ashante). “Muy bien Louie, muéstrales lo que un chico blanco puede hacer”. “Hombre, luces como un asesino, Louie”. DeeDee se ha acercado y mira de hito en hito estupefacto. John me dice que es un super *fade*. Curtis: “un chico blanco luciendo increíble”. Giro hacia el espejo y verifico el resultado de su labor: es una imagen para observar, sin dudas. Mi cabello está prácticamente afeitado tres centímetros sobre las orejas, recortado y amontonado arriba, con una enorme raya en el lado izquierdo y un muy borroso flequillo. Impacto garantizado ¡Me gusta bastante!

Curtis aúlla en una voz de falsete: “Su mamá se va a asustar. Llorará: (su voz más fuerte aún) “¿Por qué se meten con mi bebito? Oh mi nene chiquito”. Se dobla de risa. DeeDee dice con su voz estentórea: “¡Tu madre te abofeteará!” Yo replico, “Eso te gustaría ¿verdad?” “Sep”. Curtis le saca provecho y se lanza con DeeDee, señalando que él usó un fade cuando era más joven: solo que no se llamaba así en esos días. DeeDee se vuelve furioso: “¿De qué estás hablando? Mira este pelo (señala al sobrino mayor de Mark).



Mira su cabello, afeitado corto así: ese es el modo en que llevé mi cabello *toda-mi-vida* ¡Nunca tuve un fade! Encantado con la posibilidad de gritar este insulto ritual a DeeDee, Curtis finge no haber escuchado al viejo entrenador y aúlla “¡DeeDee es un salvaje! Todos gorjeamos de risa. Anthony está radiante, pero Mark no se anima a reírse de DeeDee tan abiertamente. El viejo entrenador finge enojo hacia Curtis. Toda la escena es más graciosa de lo que puede decirse. Finalmente, se ríe también y opta por retirarse: no puede ganar solo, en contra de todos nosotros. Se aleja con su modo ondulante de andar (parece poder caminar sin su muleta de nuevo). Desde lejos, me grita que si irá a mi casa mañana.

Ahora que DeeDee se ha ido, Curtis puede retocar el corte. Le dice a John “lo ves, tengo talento con mis manos. Sé hacer muchas cosas con mis manos. Ves, esto, no lo aprendí. No fui a la escuela para aprender a cortar el cabello: yo me enseñé a mi mismo”. Me pongo de pie y nuevamente asimilo el trabajo: es increíble, en todo el sentido del término. Le agradezco calurosamente a Curtis: “Es el mejor corte de cabello que alguna vez he tenido”. Él responde deleitado, “espera a que Ashante lo vea”. “Lo veré esta noche: va a enloquecer”. Curtis me da un apretón de manos y me indica barrer el pelo del suelo. Voy debajo del ring a buscar una escoba y descubro un increíble revoltijo de cajas de cartón, productos de limpieza, equipo de boxeo descartado, etc. Curtis viste a sus hijos y nos vamos al mismo tiempo que Boxhead John. Me doy cuenta de que hay no uno sino dos bates de baseball en la entrada de la guardería (que sirven para repeler visitantes indeseables por intimidación o fuerza).

John agarra la cadena, Curtis pone el sistema de alarmas y cierra la rejilla. John está un poco impresionado por el auto de Curtis: “¿Cuánto pagaste por él, mil setecientos?” Curtis, encantado de mostrarse en shock por tan bajo precio:

“¿17,000? Ojalá hubiera pagado eso: cuesta 24,000. Es el tope de gama... tengo asientos de aeroplano en el frente, verdadero cuero. Tablero de BMW. Hombre, es el tope de gama. No lo sabía, la gente me lo dijo después de que lo compré”.



Digo los veo el lunes y cruzo la avenida.

Mientras camino a casa por Ingleside Street, tomo conciencia inmediata del impacto de mi *fade*. Dos niños pequeños que caminan en frente de mi se dan vuelta y dan una sacudida de terror apenas me ven. Una señora bien vestida en su auto cerca de la intersección de la calle 61 apenas puede contener su hilaridad mientras paso a su lado. Dos adolescentes que charlan con una chica del barrio me miran como si fuera el diablo. Y, más tarde, cuando voy a la librería de la Universidad para comprar mi *Libération* cotidiano, nadie dice una palabra: ¡creo que los empleados ni siquiera me reconocieron! Víctor, mi vecino, se ríe en su balcón, con una mezcla de sorpresa y admiración.

Cuando Liz llega a casa y me ve sentado en mi computadora, se queda congelada, como tetanizada: no puede creer que ese soy yo. Luego, como si la realidad la golpeará, con sus dos manos en frente de la boca suelta un estridente grito. Está tan impactada con mi nuevo corte de cabello que lucha para recuperar la respiración. Tan pronto recobra su lucidez, telefonea a DeeDee. Ambos se ríen a carcajadas a expensas de mi *fade*. Ella se ríe, “¿conoces al sujeto que está en mi departamento? Llegué y no lo reconocí”. DeeDee, ahogado de la risa, agrega:

“No sé quien diablos es... *él es un salvaje. Está loco. Deberías abandonarlo.* Cuando me fui del gimnasio, dije ah ah si. Estos jóvenes estúpidos, diciéndole: ‘¡Estás increíble! ¡Estás increíble!’ Están locos... ¡Curtis es un salvaje!”

Le digo que voy a ir a ver a Ashante. “Le gustará. No tiene sentido común. Le gustará pero él nunca tuvo uno. Oh nooo, nunca tuvo uno”. DeeDee no necesita vituallas este fin de semana. O’Bannon pasará a llevarle algunos peces conseguidos en un viaje de pesca a Minnesota con colegas de su oficina de correos, cerca de los ríos de Mississippi. Prometo que pasaremos a verlo mañana porque “sé que quieres ver mi *fade* de nuevo antes de que termine el fin de semana”. Él dice que está bien, riendo.

Mientras estoy tomando notas, Liz susurra, con un temblor en su voz: “Nunca vuelvas a hacerme esto, Lo, prométemelo”. Curtis seguramente no

pudo contenerse: cuando termino de escribir mis notas a las 7 de la tarde, aún tengo un horrible dolor de cabeza por sus oxidadas tijeras. Me pregunto cómo me las arreglé para soportar el dolor. Pero al final realmente me gusta el corte – ¡es un cambio, para decir lo mínimo! – creo que producirá un poco de impacto en Francia el mes próximo.

De hecho, dos semanas más tarde, cuando arribé a la Gare de Montpellier por una reunión familiar, mi madre pasó dos veces conduciendo delante de mí sin reconocermé.

Notas

¹ Publicado en idioma inglés: Wacquant, Loïc (2009). Chicago fade: putting the researcher's body back into play. *City*, 13(4), 510-516. Traducción de Alejandra Martínez, revisión técnica de Diego P. Roldán.

² Loïc Wacquant es Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley, e Investigador en el Centre de sociologie européenne, Paris. Sus libros más recientes incluyen *Entre las cuerdas* (2005), *Los condenados de la ciudad* (2007), *Parias urbanos* (2001), *Castigar a los pobres* (2010), y *Las cárceles de la miseria* (1999). Este artículo fue publicado originalmente como 'Chicago Fade: remettre le corps du chercheur en scène' en *Quasimodo* 7 (Spring 2003), pp. 171–179.

³ Por citar ejemplos, véanse, entre numerosos trabajos recientes en inglés, Thomas Csordas (ed.), *Embodiment and Experience: The Existential Ground of Culture and Self* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994) y A.J. Strathern, *Body Thoughts* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996), por antropología; Jean Bremmer and Herman Roodenburg (eds), *A Cultural History of Gesture* (Cambridge: Polity Press, 1991), Maria Wyke (ed.), *Gender and the Body in the Ancient Mediterranean* (Cambridge: Basil Blackwell, 1998), y Caroline Walker Bynum, *The Resurrection of the Body in Western Christianity, 200–1336* (New York: Columbia University Press, 1995), desde la historia; Susan Foster (ed.), *Corporealities: Body, Knowledge, Culture, Power* (London: Routledge, 1995), y Londa Schiebinger (ed.), *Feminism and the Body* (New York: Oxford University Press, 2000), desde el feminismo; Gilbert Herdt (ed.), *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History* (New York: Zone Book, 1994), y Gwendolyn Audrey Foster, *Troping the Body: Gender, Etiquette and Performance* (Carbondale: Southern Illinois University Press, 2000), desde los estudios de la sexualidad; Georges Lakoff & Mark Johnson, *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought* (New York: Basic, 1999), y David Weldon (ed.), *Body and Flesh: A Philosophical Reader* (Cambridge: Blackwell, 2000), por filosofía; Alan Hyde, *Bodies of Law* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1996), desde los estudios legales, y Nick Crossley, *The Social Body: Habit, Identity, and Desire* (London: Sage, 2001), por sociología. Cf. también Francis Barker, *The Tremulous Private Body: Essays on Subjection* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995); Jennifer Terry & Jacqueline Urla (eds), *Deviant Bodies* (Bloomington: Indiana University Press, 1995); Sarah Coakley, *Religion and the Body* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997); y Arthur W. Frank, *The Wounded Storyteller: Body, Illness and Ethics* (Chicago: University of Chicago, 1997), desde la teoría literaria, estudios de la salud, religion y medicina.



⁴ Loïc Wacquant, 'Pugs at work: bodily capital and bodily labor among professional boxers', *Body & Society* 1(1) (Marzo 1995), pp. 65–94, [trad. "Un arma sagrada. Los boxeadores profesionales: capital corporal y trabajo corporal", en Javier Auyero (ed.), *Caja de Herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires, UNQUI, 1999, pp. 237-292] y Terence Turner, 'Bodies and antibodies: flesh and fetish in contemporary social theory', en T. Csordas (ed.), *Embodiment and Experience*, op. cit., pp. 27–47.

⁵ Marcel Mauss, 'Les techniques du corps', *Journal de Psychologie* 32 (1935), pp. 271–293. MAUSS, M. "Técnicas y movimientos cor-porales", en Mauss, M. *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos, (1991) pp. 337-356.

⁶ Martin Hollis, *Models of Man: Philosophical Thoughts on Social Action* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977).

⁷ Para una discusión completa de las condiciones, propósitos y resultados de esta investigación inicial, el lector puede consultar mi libro, *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer* (New York and Oxford: Oxford University Press, 2004) (en español: *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, 2005)

⁸ Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Anagrama [1998] 1999), Capítulo 4, 'El conocimiento por cuerpos'.



JACK LONDON ETNÓLOGO AMATEUR DEL PUGILISMO¹

Loïc Wacquant

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

De los relatos que Jack London ha consagrado al boxeo, *A Piece of Steak*² es sin dudas aquel que merece hoy nuestra mayor atención, e incluso un lugar en el panteón de los textos literarios sobre el Noble Arte, y junto a él otros tres títulos.³ En primer lugar, en oposición a los importantes los libros de la *fantasy fiction* que han conformado su notoriedad durante la primera década del siglo XX, London se adhiere aquí al estricto registro del “naturalismo literario estadounidense” eco transatlántico del realismo teorizado por Zola, en el que el novelista, situado en la encrucijada de la observación y la participación se abstiene de cualquier juicio moral, juega el rol técnico de intermediario entre los personajes y los acontecimientos que jalonan el relato.⁴ El resultado es un texto despojado, de tono clínico y precisión milimétrica, que da al lector la sensación cautivante de penetrar al corazón mismo de la acción pugilística.

Segundo factor que refuerza poderosamente el “efecto de realidad” de la escritura, London se apoya sobre su larga experiencia como practicante y observador del boxeo. Chico inquieto que arrastraba con razón una reputación de rudo luchador callejero en su barrio popular de San Francisco, aprendió el arte de golpear en el Partido Socialista de los Trabajadores de la vecina ciudad de Oakland (al que se incorporó en 1896). Era por entonces un miembro asiduo de la sala de boxeo de la Universidad de California en Berkeley, donde era conocido por desafiar en público a cualquiera a cruzar guantes con él. El autor de *Martin Eden* era igualmente un ávido consumidor de las peleas que irrumpieron en la Bahía de San Francisco –se informa que “el compromiso de London como espectador de los encuentros de boxeo fue tan intenso que nadie quería sentarse junto a él”.⁵ Finalmente, su pasión por el Noble Arte no se limitó a su práctica.



Con Georges Bernard Shaw, Arthur Conan Doyle y algunos otros, London fue no solamente uno de los primeros escritores que elevaron el boxeo al rango de tema digno de la literatura. Él fue también un pinero del periodismo deportivo, en un período-bisagra donde las competencias atléticas mutaban en un entretenimiento comercial de masas, sobre el cual una sociedad estadounidense trabajó sus rápidas transformaciones proyectando sus angustias colectivas relativas a la masculinidad, la supremacía racial y el orgullo nacional.⁶ De hecho, *Por un Bistec* fue inspirado por una estancia de cuatro meses en Australia, donde había sido enviado por el *New York Herald* para cubrir la pelea histórica entre el campeón mundial de los pesos completos Tommy Burns y su retador “Papa” Jack Johnson (primer boxeador afroamericano de la era moderna que ganó el máximo título y, así, el primer “héroe racial” de la América Negra). London frecuentaba a las estrellas del momento; había “bailado” sobre el ring con el ex campeón de los pesos pesados Bob Fitzsimmons; llegando incluso a ponerse los guantes con su propia mujer durante las largas travesías en barco que salpicaban sus periplos transcontinentales.⁷ En todos estos frentes, se convirtió en un ardiente defensor del Noble Arte, en el que quiso ver una realización hiperbólica del “darwinismo social” de Herbert Spencer y del culto nietzscheano del héroe que conformaban conjuntamente su visión del mundo.⁸

Combinando la sobriedad de la escritura y un material prosaico, el conocimiento fino y de primera mano que London tiene del cosmos de la pelea lo coloca en posición de captar con economía y rigor las “manera de hacer, de pensar y de sentir” propias de un boxeador en la obra (para hablar como Émile Durkheim). Esto es lo que da a su novela la fuerza de un documento etnológico en el cual precisión técnica y tensión narrativa se refuerzan mutuamente.⁹ Este es el tercer mérito del texto, un relato que es más que un sabroso tratado-miniatura de la estrategia y la táctica entre las cuerdas: una visión general de la *disposición caníbal del pugilismo*.¹⁰

La historia de este mini-documental que *Le morceau de steack* evita los errores melodramáticos de *The Game*, cuyo héroe Joe Fleming murió con el cráneo aplastado sobre el ring ante los ojos horrorizados de su prometida,



disfrazada de muchacho para asistir a su pedido al que debía ser el combate despedida de su amor. No está abarrotado por un argumento ideológico grosero, como *The mexican*, donde Felipe Rivera interpreta el personaje en su juego a todo o nada en un caldero de hostilidad racista y xenófoba para poder comprar las armas destinadas a la revolución zapatista. *Le morceau de steak* no se pierde en una oda a la naturaleza como lo hace *The Abysmal Brute*, novela que concluye con el retiro de Pat Glendon en las montañas con su musa la periodista, poetisa y jugadora de tenis Maud Sangster, después de que ella lo haya convencido de colgar los guantes y no sin antes haber puesto KO al campeón del mundo evitando los disturbios causados por de la cancelación de su último combate. De una escena eminentemente banal –un viejo trotamundos del ring al final de su carrera se prepara para enfrentar a un joven colosal que crece en un club marginal, en los bajos fondos de la privación material y social–, London hace un poderoso trampolín para llegar a lo esencial, a saber, *la estructura temporal del drama pugilístico*.¹¹ “Youth was the Nemesis. It destroyed the old uns and reckoned not that, in so doing, it destroyed itself”. Devastado por los años pasados de cacería sobre el cuadrilátero, el depredador se convierte a su turno en la presa. De hecho, el boxeo es el único oficio de cuerpo donde la deglución organizada de los ancianos es esencial para la realización de la nueva generación.

Al salir del ring, Tom King no tiene nada, más que su cuerpo desgastado, golpeado, triturado, y el hambre que lo atormenta, como la vergüenza de regresar a su hogar despojado, y por lo tanto de faltar a sus deberes de marido y de padre. Pero en lugar de develar la inutilidad de la *illusio* pugilística, que es aquella de todos los enfrentamientos masculinos, ese mismo hambre procura la excusa definitiva para su derrota: “Ah, that piece of steak would have done it! He had lacked just that for the decisive blow, and he had lost.” Las artimañas de la pasión pugilística son infinitas, pero gracias a Jack London no son impenetrables.



Notas

¹ Traducción Diego P. Roldán, revisión técnica Alejandra Martínez

² Traducido al español como *Por un bistec*, Alianza, Madrid, 1999.

³ Publicado en el *Saturday Evening Post* en noviembre 1909 y reimpresso en la selección *When God Laughs and Other Stories* (1911), "Por un Bistec" hace parte de un cuarteto pugilístico que comprende el relato "The Mexican" (1910) y las novelas *The Game* (1905) y *The Abysmal Brute* (1913). Estas dos últimas han aparecido en francés reunidas en un volumen: Jack London, *Sur le ring* (Paris, Phoebus, 2002).

⁴ June Howard, *Form and History of American Literary Naturalism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1985).

⁵ James Lundquist, "Working-Class Writer," in *Jack London: Adventures, Ideas and Fiction* (New York: The Ungar Publishing Co, 1987), p.178.

⁶ Steven A. Riess, *City Games: The Evolution of American Urban Society and the Rise of Sports* (Champaign: University of Illinois Press, 1991). Sobre el simbolismo publico del boxeo en particular, ver las dos bellas monografías históricas de campeones de esta época por Michael T. Isenberg, *John L. Sullivan and His America* (Urbana, University of Illinois Press, 1992), y Randy Roberts, *Papa Jack: Jack Johnson and the Era of White Hopes* (New York: The Free Press, 1985).

⁷ J. Lawrence Mitchell, "Jack London and Boxing", *American Literary Realism*, 36, no. 3 (printemps 2004), pp. 225-242.

⁸ Recordemos su famosa frase: "Prefiero ser campeón mundial de peso pesado –que nunca podría ser– que el Rey de Inglaterra o el Presidente de los Estados Unidos, o el Kaiser de Alemania" (citado por James Lundquist, "Working-Class Writer," en *Jack London: Adventures, Ideas and Fiction* (New York: The Ungar Publishing Co, 1987, p.183).

⁹ John Dudley, "Inside and Outside the Ring: Manhood, Race and Art in American Naturalism," *College Literature* 29, no. 1 (hiver 2002), pp. 53-82.

¹⁰ Desde este punto de vista, el relato de London es el complemento literario del film de Ralph Nelson, *Requiem for a Heavyweight* (1962), en el que Anthony Quinn interpreta a un viejo peso completo en el final de su carrera que sirve de carne de cañón y soporte para los boxeadores de la nueva generación, incluyendo un apuesto Cassius Clay (que se interpreta a sí mismo en la película).

¹¹ Es la manipulación de esta estructura que es la fuente de las ganancias materiales y simbólicas que genera la economía de la pelea, como ensayé mostrar en "Un marchand de chair à l'oeuvre: passion, pouvoir et profit dans l'économie de la boxe professionnelle", *Actuel Marx*, no. 41, printemps 2007, pp. 71-83.

PASCAL, BOURDIEU Y LA SOCIOLOGÍA¹

Loïc Wacquant

University of California, Berkeley
Centre de sociologie européenne, Paris

¿Qué debe a Pascal la gran obra de Bourdieu, las *Meditaciones Pascalianas*²? ¿Cómo presentar la referencia a Pascal en un sociólogo como Bourdieu?

La conexión puede ser sorprendente, pero opera a varios niveles que se articulan. Es sobre todo una referencia profiláctica, destinada a eliminar las afiliaciones falsas (del tipo Bourdieu es marxista) y las malas lecturas (Bourdieu adopta una visión estratégica de la acción como la “teoría de la elección racional”). También es un guiño irónico a la filosofía del sujeto como conciencia soberana, que abarca desde Descartes a Sartre pasando por Husserl (y sus *Meditaciones Cartesianas*), con la que Bourdieu ha cruzado espadas durante cuarenta años. Con Leibniz y Spinoza (otra inspiración mayor de Bourdieu), Pascal representa el ala no-cartesiana de la revolución racionalista, que el autor de *La Distinción* tiene la intención de reforzar y prolongar.

Pero sobre todo existe una afinidad profunda en el nivel de la antropología filosófica y la ontología del mundo social: el humano es un ser sufriente, tomado en y por el mundo, que no puede arrancarse del absurdo de su condición por la creencia y la acción. Este ser y este mundo son moldeados por antinomias, por parejas susceptibles de subversión de tanto en tanto: el hombre es a la vez “ángel y bestia”, sometido a los determinismos del universo, pero capaz de escapar de ellos por lo mismo que puede conocerlos y conocerse; la institución se presenta como fundada en la naturaleza cuando no es más que “costumbre”, el orden social aparece como necesario cuando en realidad es intrínsecamente contingente.



Arbitrariedad de las jerarquías e inconmensurabilidad de los poderes (“el orden de los cuerpos, el orden de los espíritus, el orden de la caridad”), centralidad de lo simbólico, rol de la fe (en el sentido de *fides*, confianza en que las cosas son lo que parecen ser) como resorte de las conductas y argamasa de la vida colectiva: Pascal no le ofrece a Bourdieu un sistema –que el autor de *Provinciales* nunca produjo– pero sí apoyos y palancas para “afrontar en su verdad el enigma de la ficción y el fetichismo” (*Meditations Pascaliennes*, p. 15) que son el fundamento de la sociedad y así operar una triple historización: del ser, del mundo social que hace y que lo hace, y del saber que puede producir.

¿Cómo un autor del vértigo metafísico y de los tormentos del hombre puede ser útil para el trabajo sociológico? ¿En qué terrenos Pascal puede estimular a un sociólogo?

Bourdieu reclutó a Pascal principalmente para avanzar en su reflexión sobre el poder simbólico, sus modalidades y sus efectos, y para pensar al reconocimiento como el conmutador de la existencia social. Se puede ir más allá e implementar la distinción pascaliana entre “el espíritu de sutileza y el espíritu de la geometría” para comprender mejor la lógica práctica de las conductas ordinarias, tejidas de intuición e inducción social. Asimismo, los dos antagonistas “razones del corazón y la razón” nos invitan a tomar en serio las creencias profanas y desarrollar una microsociología política fusionando racionalidad y sentimientos. Con el concepto de “entretenimiento” por último, y la noción de corolario “es sólo la caza, y no la presa” lo que los hombres buscan en toda actividad, Pascal abre grandes puertas a una sociología de la pasión como modalidad de nuestra relación con el mundo, implicando al amor, el deseo y el sufrimiento, y que toma formas indefinidamente diversas (filosóficas, políticas, pugilísticas, amorosas, etc.).

Referencias bibliográficas

BOURDIEU, Pierre. (1997). *Méditations pascaliennes*. Paris: Seuil.

BOURDIEU, Pierre. (1999). *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.

Notas

¹ Traducción de Diego P. Roldán, revisión técnica Alejandra Martínez

² Bourdieu, 1997; 199.

DESENTRAÑANDO EL HABITUS¹

Loïc Wacquant²

University of California, Berkeley
Centre de sociologie européenne, Paris

Resumen

Tomando como referencia la obra de Pierre Bourdieu, se reconstruyen los orígenes del concepto de habitus y desde una perspectiva sintética se indican algunas de sus principales propiedades teóricas. Se reseñan los principales horizontes teóricos de los que participa esta noción.

Abstract

Drawing on the work of Pierre Bourdieu, this article reconstructs the origins of concept of habitus, and from a synthetic perspective indicates some of the main theoretical proprieties. It outlines the main theoretical horizons of participating this notion.

Se trata de una vieja noción filosófica, originada en el pensamiento de Aristóteles y de la escolástica medieval, que fue recuperada y retrabajada después de 1960 por el sociólogo Pierre Bourdieu para forjar una teoría disposicional de la acción adecuada para reintroducir la capacidad inventiva de los agentes desde la antropología estructural, sin volver a caer tanto en el intelectualismo cartesiano que distorsiona el abordaje subjetivista de la conducta social, desde el conductismo hasta el interaccionismo simbólico pasando por la teoría de la acción racional. El concepto de habitus juega un rol



central en el esfuerzo de Bourdieu (1972/1977, 1980/1990, 2000/2004) por construir una “economía general de las prácticas” capaz de historizar esa economía y, por consiguiente, promover la pluralización de las categorías que esta última toma como invariantes (tales como interés, capital, mercado y racionalidad), y de especificar las condiciones sociales de emergencia de los actores económicos y del sistema de intercambio y las formas concretas en que ellos se encuentran, promueven o anulan unos a otros.

Las raíces del habitus se encuentran en la noción aristotélica de *hexis*, elaborada en su doctrina de la virtud, es decir, un estado al mismo tiempo adquirido y arraigado de carácter moral que orienta nuestros sentimientos, deseos y nuestras acciones frente a una situación. El término fue traducido al latín como *habitus* (participio pasado del verbo *habere*, tener o mantener) en el siglo XIII por Tomas de Aquino en su *Summa Theologiae*, en la cual adquirió el sentido adicional de capacidad de crecer a través de la actividad, o disposición durable suspendida a medio camino entre potencia y acción intencional. Fue tímida y descriptivamente utilizado por los sociólogos de la generación clásica tales como Emile Durkheim (en su curso de *L'Évolution Pédagogique en France*, 1904-1905), su sobrino y colaborador cercano Marcel Mauss (más destacadamente en su ensayo *Techniques du Corps*, 1934), así como Max Weber (en su discusión sobre el ascetismo religioso in *Wirtschaft und Gesellschaft [Economía y Sociedad]*, 1918) y Thorstein Veblen (quien caviló sobre el “habito mental predatorio” de los industriales en *The Theory of the Leisure Class [Teoría de la clase ociosa]* (1899). Resurge en la fenomenología, principalmente en los escritos de Edmund Husserl, quien entendió por habitus el conducto mental entre las experiencias pasadas y las acciones futuras. Husserl (1947/1973) también usó con connotación conceptual el término *habitualität*, posteriormente traducido al inglés por su alumno Alfred Schutz como “*habitual knowledge [conocimiento habitual]*” (y desde allí adoptado por la etnometodología), una noción que se asemeja a la de habito desarrollada por Maurice Merleau-Ponty (1945/1962) en su análisis del “cuerpo vivido” como la impulsor silencioso del comportamiento social. Habitus también figura fugazmente en los escritos de otros de los estudiantes de Husserl,



Norbert Elias, quien habla del “habitus psíquico de los pueblos ‘civilizados’” en su clásico estudio *Über den Process der Civilisation* [El proceso de Civilización] (1937).

Pero es en el trabajo de Bourdieu, quien estaba empapado en estos debates filosóficos, que se encuentra una renovación sociológica del concepto, diseñado para trascender las oposiciones entre objetivismo y subjetivismo: habitus es una noción *mediadora* que ayuda a revocar la dualidad del sentido común entre lo individual y lo social capturando “la internalización de lo externo y la externalización de lo internalizado” que es, la manera en que la sociedad se deposita en las personas en forma de *disposiciones* duraderas, o las capacidades o tendencias estructuradas de sentir, pensar, y actuar de determinada manera, que luego los guía en sus respuestas creativas ante las limitaciones y solicitudes del medio social en el que existen.

Bourdieu primero reintroduce la noción denotativa en sus estudios empíricos de juventud sobre antropología económica del cambio acerca de la sociedad campesina de su Béarn natal, en el sudoeste de Francia y en las comunidades Kabyla de habla bereber en Argelia Colonial (Bourdieu, 1962; Bourdieu and Sayad 1964) y luego la elabora analíticamente en *Esquisse d'une Théorie de la Pratique* (1972/1977). En estos escritos y en los subsecuentes, Bourdieu propone que la práctica no es un precipitado mecánico de los dictados estructurales ni el resultado de una búsqueda intencionada de objetivos por los individuos, sino más bien como

“el producto de una relación dialéctica entre la situación y el habitus, entendido como un sistema de disposiciones durables y transportables que, integrando todas las experiencias pasadas, funciona en cada momento como una *matriz de percepciones, apreciaciones y acciones*, y hace posible cumplir con tareas infinitamente diferenciadas, gracias a la transferencias analógica de esquemas adquiridos en la práctica anterior.” (Bourdieu, 1972/1977: 261)

Como la historia individual y grupal sedimenta en el cuerpo, la estructura social se convierte en estructura mental, el habitus puede pensarse en analogía a lo que Noam Chomsky llama “gramática generativa”, que permite a los hablantes competentes en una lengua producir un discurso propio, sin atarse a las normas compartidas, pero previsible. Esto se designa como competencia



práctica, adquirida *en y por* la acción, que opera por debajo del nivel de la conciencia, pero a diferencia de la gramática de Chomsky, el hábitus (1) no encapsula una aptitud natural sino *social*, que por esta razón es muy variable a lo largo del tiempo, el espacio y más importante a través de las distribuciones de poder; (2) es *transferible* a varios dominios de práctica, lo que explica la coherencia que obtiene, por ejemplo, a través de diferentes ámbitos de consumo –en música, deporte, comida, mobiliario, e incluso en opciones políticas y matrimoniales– sino dentro y entre individuos de la misma clase social y los motivos distintivos de sus estilos de vida (Bourdieu, 1979/1984) (3) es durable pero *no estático o eterno*: las disposiciones son socialmente montadas y pueden ser erosionadas, contrarrestadas o incluso desmanteladas por la exposición a nuevas fuerzas externas, como, por ejemplo, lo demuestran las situaciones de emigración; (4) sin embargo está dotado de una *función inercial*, en la medida en que tiende a producir patrones de prácticas después de que las estructuras sociales lo han fecundado, y porque cada una de sus capas opera como un prisma a través del que las viejas experiencias son filtradas y los subsecuentes estratos de disposiciones recubiertos (de allí el peso desproporcionado de los esquemas implantados en la infancia); (5) introduce un intervalo, y a veces un hiato, entre las determinaciones pasadas que lo han producido y las determinaciones actuales que lo interpelan: como “historia hecha naturaleza”,

“El habitus es aquello que confiere a las prácticas su autonomía relativa con respecto a las determinaciones externas del presente inmediato. Esta autonomía es al pasado, promulgado y actuando, que, funcionando como capital acumulado, produce historia sobre la base de la historia y así asegura la permanencia en el interior del cambio del agente individual un mundo en el interior del mundo.” (Bourdieu, 1980/1990: 56).

Contra el estructuralismo, entonces, la teoría del habitus reconoce que los agentes activamente producen el mundo social mediante la participación de elementos incorporados de construcción cognitiva, pero también afirma, en contra del constructivismo, que esos instrumentos han sido también hechos por el mundo social (Bourdieu, 1997/2000: 175-7). El habitus suministra a la vez un principio de socialización y de individuación: *socialización* porque nuestras



categorías de juicio y acción provienen de la sociedad, son compartidas por todo aquellos que fueron sometidos a condiciones y condicionamientos sociales similares (así uno puede hablar de *habitus* masculino, *habitus* nacional, *habitus* burgués, etc.); *individuación* porque cada persona, por tener una única trayectoria y lugar en el mundo, internaliza un combinación inigualable de esquemas. Porque es al mismo tiempo *estructurado* (por los medios sociales del pasado) y *estructurarte* (de las representación y acciones del presente), el *habitus* opera como “principio no elegido de todas las elecciones” guiando acciones que asumen el carácter sistemático de las estrategias incluso cuando no son el resultado de una intención estratégica son objetivamente “orquestadas sin ser el producto de la actividad organizada del director de orquesta” (Bourdieu 1980/1990: 256). Para esta filosofía disposicional de la acción, el actor económico no es el individuo aislado y egoísta de la teoría neoclásica, una computadora que delibera buscando maximizar la utilidad persiguiendo objetivos claros; es en cambio un ser carnal habitado por una necesidad histórica que se conecta con el mundo a través de una relación opaca de “complicidad ontológica” y que está necesariamente vinculado a los demás a través de “colusión implícita” fomentada por categorías compartidas de percepción y apreciación (Bourdieu, 1997/2000: 163; 2000/2004).

Regresando a los orígenes filosóficos y el uso inicial del *habitus* en Bourdieu (2000) para dar cuenta de la ruptura económica y social provocada por la dislocación de la guerra argelina de liberación nacional, nos permite aclarar cuatro malentendidos recurrentes sobre este concepto. Primero, el *habitus* no es nunca la réplica de una simple estructura social ya que es un conjunto de capas y dinámicas que grabados, almacenan y prolongan la influencia de diversos ambientes que sucesivamente se han encontrado a lo largo de una vida. De ello se desprende, en segundo lugar, que el *habitus* no es necesariamente coherente y unificado, porque muestra diferentes grados de integración y tensión, según el carácter y la compatibilidad de las situaciones sociales que se producen en el tiempo: universos irregulares tienden a producir sistemas inestables de disposiciones fragmentarias que generan líneas



irregulares y a veces incoherentes de acción. En tercer lugar, el concepto no es menos adecuado para el análisis de la crisis y el cambio de lo que es la cohesión y la perpetuación. Porque el habitus no está necesariamente de acuerdo con el mundo social en el que se desenvuelve. Bourdieu (1980/1990: 62-3) advierte que hay que “evitar la universalización inconsciente del modelo de la relación cuasi-circular de la reproducción casi perfecta que es completamente válido sólo en el caso de que las condiciones de producción del habitus sean idénticas u homólogas a sus condiciones de funcionamiento”. El hecho de que el habitus pueda “fallar” y tener “momentos críticos de la perplejidad y la discrepancia” (Bourdieu, 1997/2000: 191) cuando es incapaz de producir prácticas que se ajusten al medio constituye una fuente importante de innovación social y cambio económico –lo que da a la noción de Bourdieu una estrecha afinidad con las concepciones del neoinstitucionalismo de la racionalidad limitada y preferencias maleables, como en la teoría de la regulación (Boyer, 2004). Por último, el habitus no es un mecanismo autosuficiente para la generación de la acción: funciona como un resorte que necesita un disparador externo y por lo tanto no puede considerarse en forma aislada respecto a los mundos sociales particulares o ‘campos’ en los que se desarrolla. Un análisis completo de la práctica por lo tanto requiere una aclaración triple de la génesis social y las estructuras del habitus y del campo, y de la dinámica de su “confrontación dialéctica” (Bourdieu, 1997/2000).

A pesar de que filósofos como Charles Taylor, Jacques Bouveresse y John Searle han discutido la elaboración del concepto de habitus de Bourdieu en relación con la filosofía de la mente, el lenguaje y el yo, hay que destacar que para Bourdieu la noción es, ante todo, una manera taquigráfica de designar una postura de investigación, destacando un camino para la excavación de las categorías implícitas a través de las cuales las personas montan continuamente su mundo vivido, que ha informado pesquisas empíricas en la constitución social de los agentes competentes en una gama de campos institucionales. Así, Suaud (1976) ha iluminado la formación y la deconstrucción de la vocación sacerdotal en la Vendée Francesa, mostrando cómo el seminario actuó en continuidad con una comunidad campesina cerrada durante



los años 1930s. Hasta la activación del llamado masivo, pero perdió su capacidad para forjar un habitus religioso robusto cuando la Iglesia cedió la preeminencia simbólica a la escuela en los años 1970s. Charlesworth (2000) ha capturado la formación y el despliegue de la sensibilidad distintiva de la clase obrera. El fortalecimiento del silencio y la desarticulación nace de atravesar experiencias perdurables de degradación económica e impotencia política en un pequeño pueblo declinante al sur de Yorkshire en Inglaterra. Lehmann (2002) ha detallado cómo las disposiciones musicales instaladas por el entrenamiento instrumental combinadas con disposiciones de clase heredadas de la familia determinan la trayectoria profesional y las estrategias musicales dentro del espacio jerárquico de una orquesta sinfónica. Wacquant (2000/2003) ha diseccionado la producción del nexo entre las habilidades corporalizadas, categorías y deseos que producen al boxeador profesional como un cuerpo masculino formado en el gueto negro americano, revelando que la fabricación del habitus pugilístico no implica precisamente una maestría técnica individual, sino que lo crucial es la inscripción colectiva de una ética ocupacional heroica en la carne desde el interior del microcosmos del gimnasio de boxeo. Estos estudios demuestran que la reunión y el empleo de los esquemas cognitivos y motivacionales que compone el habitus son accesibles a la observación metódica. En síntesis, la prueba de fuego teórica del habitus debe consistir en su trabajo y confrontación empírica.

Referencias y otras lecturas

- BOURDIEU, Pierre. (1962). "Ce libat et condition paysanne". *Etudes rurales*, 5-6, 32-136. Re-impreso en Pierre Bourdieu, *The Ball of Bachelors*. Chicago: University of Chicago Press (en prensa).
- BOURDIEU, Pierre. (1977). *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge: Cambridge University Press. (Versión original 1972).
- BOURDIEU, Pierre. (1984). *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*. Cambridge, MA: Harvard University Press. (Versión original 1979).



- BOURDIEU, Pierre. (1990) *The Logic of Practice*. Cambridge: Polity Press. (Versión original 1980).
- BOURDIEU, Pierre. (2000) *Pascalian Meditations*. Cambridge: Polity Press. (Versión original 1997).
- BOURDIEU, Pierre. (2000). "Making the Economic Habitus: Algerian Workers Revisited". *Ethnography*, 1(1),17–41.
- BOURDIEU, Pierre. (2005) *The Social Structures of the Economy*. Cambridge: Polity Press. (Versión original 2000).
- BOURDIEU, Pierre y SAYAD, Abdelmalek. (1964). *Le Déracinement. La crise de l'agriculture traditionnelle en Algérie*. Paris: Editions de Minuit.
- BOYER, Robert. (2004). "Pierre Bourdieu et la théorie de la régulation". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 150, 65–78.
- CHARLESWORTH, Simon J. (2000). *A Phenomenology of Working-Class Experience*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUSSERL, Edmund. (1973) *Experience and Judgment*. London: Routledge & Kegan Paul. (Versión original 1947).
- LEHMANN, Bernard. (2002). *L'Orchestre dans tous ses états. Ethnographie des formations symphoniques*. Paris: Editions la Découverte.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. (1962). *Phenomenology of Perception*. London: Routledge. (Versión original 1947).
- SUAUD, Charles. (1976) *La Vocation. Conversion et reconversion des pretres ruraux*. Paris: Editions de Minuit.
- WACQUANT, Loïc. (2004) *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. New York: Oxford University Press. (Versión original 2000).

Notas

¹ Traducción Diego P. Roldán, revisión técnica de la traducción Alejandra Martínez.

² Loïc Wacquant es Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley, e Investigador en el Centre de sociologie européenne, Paris. Sus libros más recientes incluyen Entre las cuerdas (2005), Los condenados de la ciudad (2007), Parias urbanos (2001), Castigar a los pobres (2010), y Las cárceles de la miseria (1999).



EL MATRIMONIO ENTRE EL WORKFARE Y EL PRISONFARE EN EL SIGLO XXI¹

Loïc Wacquant²

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

Resumen³

Este artículo explica cómo y por qué la prisión ha vuelto a estar en el primer plano institucional de las sociedades avanzadas, cuando cuatro décadas atrás los analistas de la escena penal estaban convencidos que había ingresado a una declinación irremediable. Basándome en mi libro *Castigar a los Pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social* argumento que (1) la expansión y glorificación de la policía, las cortes, y la penitenciaría son una respuesta no a tendencias criminales sino a una difusa inseguridad social; que (2) necesitamos reconectar políticas sociales y penales y tratarlas como dos modalidades de política de la pobreza para asir las nuevas políticas de marginalidad urbana; y que (3) el despliegue simultáneo y convergente del “workfare” restrictivo y el “prisonfare”⁴ expansivo participan del forjamiento del Estado neoliberal. Luego de señalar diferencias claves entre los caminos Norteamericano y Europeo hacia la penalización de la pobreza, adapto el concepto bourdieano de “campo burocrático” para capturar la importación simbólica del castigo como medio de producción de la realidad y subrayo la naturaleza contingente de la resurgencia penal, en contra de las teorías conspirativas y la visión funcionalista compartida por los analistas marxistas y foucaultianos.

Palabras claves: castigo, prisión, bienestar, *prisonfare*, *workfare*, pobreza, Estado, campo burocrático, política pública, Bourdieu.

En este artículo explico cómo y por qué la prisión ha vuelto a estar en el primer plano institucional de las sociedades avanzadas, cuando cuatro décadas atrás



los analistas de la escena penal estaban convencidos que había ingresado a una declinación cuando no al camino hacia la extinción. Me baso en mi libro *Castigar a los Pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social* (Wacquant, 2009) para argumentar que la expansión y glorificación de la policía, las cortes, y la penitenciaría son una respuesta no a tendencias criminales sino a una difusa inseguridad social, que necesitamos reconectar las políticas sociales y las penales y tratarlas como dos modalidades de política de la pobreza para asir las nuevas políticas de marginalidad urbana; y que el despliegue simultáneo y convergente del “workfare” restrictivo y el “prisonfare” expansivo participan del forjamiento del Leviatan neoliberal. A modo de introducción, permítanme indicar cómo me moví del estudio de la inequidad urbana a aquel del Estado penal en mi intento de adaptar el concepto de “campo burocrático” de Pierre Bourdieu para capturar la renovación del disciplinamiento de la pobre disciplina al amanecer del siglo.

Mi libro *Castigar a los pobres* es el segundo volumen de una trilogía que desenmaraña el nexo triangular entre la transformación de clase, la división etnoracial y el resurgimiento del Estado en la era de la hegemonía neoliberal. Piensen en un triángulo con la relación bidireccional entre clase y raza formando la base y el Estado proveyendo el tope. El primer libro, *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferia y Estado* (Wacquant, 2008), explora la base: toma el nexo clase/raza en la metrópolis dualizante a partir de una comparación entre el repentino colapso del ghetto negro norteamericano con la lenta desintegración de los territorios de la clase trabajadora en las ciudades del Oeste Europeo luego de la desindustrialización. Desarrollo tres argumentos centrales: refuto la tesis de moda de la convergencia transatlántica de distritos de desposesión sobre el modelo del guetto negro; rastreo la construcción del “hiperguetto” Africano Americano y de los “antiguettos” de Europa en la era post fordista de cambios en las políticas públicas, argumentando que ambas formaciones son económicamente indeterminadas y políticamente sobredeterminadas; y diagnostico el comienzo de un nuevo régimen de marginalidad urbana alimentado por la fragmentación de trabajo asalariado, la reducción del estado social, y la estigmatización territorial.



Los siguientes dos libros minan los lados de ese triángulo. *Castigar a los pobres* (Wacquant, 2009b) toma el nexo clase/Estado tanto en el frente social como penal. Grafica el modo en que los oficiales públicos han respondido a esta marginalidad emergente a través de una contención punitiva. También revela que los nuevos políticos y la política de la pobreza vinculados al “workfare” disciplinario y la prisión neutralizante, inventados en Norteamérica durante las últimas tres décadas, participan de la construcción del Estado neoliberal, apropiadamente reconceptualizado.

El tercer volumen, *Deadly Symbiosis: Race and the Rise of the Penal State* (Wacquant, 2012), disecciona el nexo raza/Estado: muestra cómo la división etnorracial intensifica la descomposición de la clase en sus cimientos, facilita el cambio al “workfare”, y aumenta el despliegue del Estado penal; y, a la inversa, cómo la penalización reacondiciona el significado y el funcionamiento de la raza. Se esboza un modelo histórico y teórico de la malla del desertificado hiperghetto, en la que los negros de clase baja quedaron atrapados después de la década de 1960, con la prisión incrementada en los Estados Unidos; se mueve a través del Atlántico para cubrir el sobreencarcelamiento de los inmigrantes postcoloniales en la Unión Europea; y concluye sondeando la militarización de la marginalidad en la metrópolis brasilera como reveladora de la lógica profunda de la penalización. Un argumento central es que la prisión y la raza están atadas juntas por permutaciones del deshonor.

Un cuarto libro, *Las cárceles de la miseria*, que escribí por primera vez una década atrás como un ejercicio de “sociología cívica” (Wacquant, 2009a), rastrea los viajes internacionales y esfuerzos de las políticas de “tolerancia cero” y otras nociones penales y panaceas hechas-en-Norteamérica (la teoría de las “ventanas-rotas”, toques de queda juveniles, sentencias mínimas obligatorias, negociación de alegatos, etc.), como parte del despliegue mundial del neoliberalismo. Demuestro como el “consenso de Washington” sobre la desregulación económica y las reducciones en el bienestar social se extendió hasta la desregulación del crimen punitivo a través de las agencias de los think tanks, políticos seducidos por la nueva religión del mercado, una nueva raza de



trotamundos “consultores” en “seguridad urbana”, y académicos locales ansiosos por contrabandear técnicas norteamericanas de penalización hacia sus países disfrazándolas con atuendos académicos. Ahora, que el telón de fondo está preparado, permítanme avanzar en mis tres tesis.

1. La explosión del Estado Penal en respuesta a la inseguridad social

Mi primera tesis es que la explosión del ala penal del Estado es una respuesta a la inseguridad social, y no una reacción a las tendencias criminales. En las tres décadas después del apogeo del movimiento de los Derechos Civiles, Estados Unidos pasó de ser el líder en justicia progresiva preparado para mostrar a la humanidad el formato de “una nación sin cárceles” –para recordar el título de un libro publicado en 1975 (Dodge, 1975) por expertos penales estadounidenses– al desarrollo de alternativas de confinamiento, para convertirse en apóstoles de la política de “cero-tolerancia”, arquitectos del “tres strikes y estás afuera”, y campeón mundial en encarcelamiento con 2.3 millones tras las rejas y más de 7 millones bajo supervisión judicial.

¿Por qué? La respuesta convencional es que esta estupenda expansión del castigo fue conducida por los aumentos en criminalidad. *Mais voilà*, la victimización primero se estancó y luego decreció en ese periodo completo. Consideren esta simple estadística: los Estados Unidos mantuvieron 21 presos por cada 10.000 “crímenes indizados” en 1975; 30 años después, encerró 125 presos por cada 10.000 crímenes. Esto significa que el país se ha vuelto 6 veces más punitivo, manteniendo el crimen constante.

Para explicar este aumento inesperado y sin precedentes, tenemos que salir de la caja del crimen-y-castigo y prestar atención a las funciones extracriminológicas de las instituciones penales. Entonces descubrimos que, en el despertar de las revueltas raciales de la década de 1960, la policía, las cortes, y la prisión han sido desplegadas para contener las dislocaciones urbanas causadas por la desregulación económica y la implosión del guetto como contenedor etnoracial e imponer la disciplina del empleo inseguro en la base de la polarizada estructura de clase. El giro en la política punitiva penal no



responde a la *inseguridad criminal sino a la inseguridad social causada por la causalización del trabajo asalariado y la disrupción de la jerarquía etnoracial* - y no las “ansiedades difusas” generadas por la llegada de “la sociedad de riesgo” o la era de la “modernidad tardía” (Ericson & Haggerty, 1977; Garland, 2001).

El ascenso del estado penal fue especialmente rápido y abrupto en los Estados Unidos porque la marginalidad avanzada es particularmente prevalente, atrincherada, y concentrada en ese país (Wacquant, 2008, pp. 3–7, 89–91, 119–132). Esto, a su vez, se debe al exclusivamente rígido escote etnoracial que aísla a los Africanos Americanos en el espacio físico, social y simbólico, y una gran cantidad de características relacionadas de las instituciones nacionales: la degradación generalizada del trabajo y la profundidad de la desigualdad social, la burocrática escisión y desenfrenada mercantilización de los bienes públicos, los inusualmente elevados niveles de segregación tanto de clase como de etnia en la metrópolis, el sostén de un individualismo moral conjugado religiosamente, y la categórica y severa índole de programas estatales que apuntan a los pobres, sospechados por la definición de ser “inmeritorios” (Katz, 1989). Todos estos factores, que promovieron la atrofia organizada del bienestar social en reacción a la crisis racial de los sesenta y la confusión económica de la década de 1970, también facilitó la hipertrofia desmedida del castigo apuntada a la misma población precaria y estigmatizada.

Vamos ahora a cruzar el Atlántico para diagnosticar la evolución en el Oeste de Europa. Algunos analistas de la escena penal europea, tales como Nicola Lacey (2008), están impresionados por el abismo entre el Viejo y el Nuevo Mundo y subrayan que, con 750 reclusos cada 100.000, los Estados Unidos están por sí mismos en una clase (con Rusia y Rwanda detrás de ellos, una compañía vergonzosa por cierto). Es cierto que los países de Europa Occidental ostentan comparativamente tasas modestas de confinamiento, que van de una sexta a una décima parte en relación a los Estados Unidos (70 por cada 100.000 en Escandinavia a apenas algo más de 150 por cada 100.000 en Inglaterra, Escocia y España). Pero esto no debe ocultar dos hechos cruciales. Primero, la penalización toma muchas formas diferentes y no es reductible al



encarcelamiento. Segundo, el encarcelamiento se ha mostrado estable y en franco crecimiento en Europa Occidental desde los comienzos de la década del '80: se ha incrementado en más del 50% en Francia, Italia, Italia y Bélgica; se ha casi duplicado en Inglaterra y Gales, Suecia, Portugal, y Grecia; se ha cuadruplicado en España y Holanda, largamente tomada como modelo de penalidad humana para ser seguida por otros países (Downes, 1993).

En realidad, una tendencia hacia la penalización de la marginalidad urbana se ha extendido a través de Europa occidental con un retraso de dos décadas, aunque en una escala más pequeña (proporcional a la composición del Estado y el espacio social en estas sociedades) y con tres giros distintivos. En primer lugar, el abrazo de la ley y el orden por los gobiernos europeos ha sido más virulenta en el nivel de la retórica que de la política de entrega: las nuevas leyes penales típicamente “ladran” más fuerte de lo que “muerden” porque la textura de la ciudadanía social y económica es más robusta, las normas de derechos humanos frustran la criminalización excesiva, y los profesionales de la justicia han sido capaces de resistir la extensión penal desde dentro del aparato estatal (Snacken, 2010). Pero promocionar la “inseguridad” y promover la lucha contra el crimen adentro y alrededor de los distritos delictivos al rango de prioridad gubernamental, antes que luchar contra el desempleo en estas mismas “propiedades hundidas”, definitivamente ha modificado las prioridades gubernamentales a favor de posturas y acciones penales.

En segundo lugar, las sociedades europeas dotadas de una fuerte tradición estatista están usando el extremo delantero de la cadena penal, la policía, en lugar de la parte trasera, la prisión, para frenar los desórdenes sociales y la desesperación en distritos de bajos ingresos. Un ejemplo: en Francia, la población carcelaria ha aumentado en un tercio durante la última década, pasando de 51.000 en el año 2000 a 67.000 en 2010, pero durante ese mismo período, el número de personas detenidas y demoradas durante toda una noche para una “*garde à vue*” en una dependencia policial (procedimiento considerado una violación de la legislación europea y, recientemente declarado inconstitucional por los tribunales franceses) casi se



triplicó para acercarse a la figura extravagante de un millón. Y la gran mayoría de estos detenidos son vecinos de los barrios de relegación donde se concentran las fracciones inseguras del proletariado urbano emergente, tanto nativo como inmigrante (Jobard, 2006). Tercero, en lugar de una oscilación brutal, como en Estados Unidos, del gerenciamiento social al penal de la pobreza, los países continentales han intensificado ambos, expandiendo la protección del bienestar y las intervenciones policiales simultáneamente en una ofensiva contradictoria que ha estimulado y a la vez limitado la extensión de la malla punitiva. La reciente evolución de Bélgica ofrece una ilustración ejemplar de esta conjunción estirando la red de seguridad social y el operativo penal. Van Campenhoudt et al. (2000) exponen cómo la formación de este "compromiso social de la ley y el orden" ha fomentado el desarrollo de un gran sector de intervenciones apoyadas por el Estado que apuntan a "pacificar" las zonas urbanas delictivas en donde la pobreza y los migrantes postcoloniales se agrupan.

Estas tres características definen un "camino de la Europa Occidental" a la penalización de la pobreza (que se diferencia en marcados caminos nacionales, de acuerdo con la estructura estatal de cada país y su concepción de la ciudadanía) que no es el de los Estados Unidos. Unirse al "consenso de Washington" en la penalidad proactiva definitivamente no implica la imitación servil o la réplica mecánica de las políticas y patrones estadounidenses. Pero, desde una perspectiva macropolítica más amplia, la tendencia dominante es similar: una reforma punitiva de las políticas públicas que enlaza la "mano invisible" del mercado al "puño de hierro" del Estado penal. Como resultado de ello, la prisión resurgente ha llegado a cumplir tres misiones que poco tienen que ver con la lucha contra el crimen: torcer las fracciones de la clase trabajadora postindustrial a un trabajo asalariado precario, almacenar sus elementos más disruptivos o superfluos, y patrullar las fronteras de la ciudadanía meritória mientras se reafirma la autoridad del Estado en el dominio restringido que ahora se asigna a sí mismo. Lo que es notable acerca de estas tres funciones es que corresponden estrechamente al rol asumido por la cárcel en su origen histórico a fines del siglo XVI, como lo ha señalado el historiador



holandés Pieter Spierenburg (1991): para actuar como una “escoba callejera” e instrumento disciplinador para la ola creciente de pobres urbanos así como proyectar la fortaleza del gobernante.

2. Reconectando la política social y la política penal

Mi segunda tesis es que tenemos que volver a vincular los cambios en la política penal y social, en lugar de aislar las modificaciones en la justicia criminal de los cambios correlativos en varios frentes políticos que se relacionan con las mismas poblaciones y distritos desposeídos. Así, el repentino crecimiento y glorificación del castigo participa de una reingeniería del Estado más amplia que también conlleva el reemplazo del derecho al bienestar social por la obligación del “*workfare*” (por ejemplo, la participación forzada en un empleo insatisfactorio como condición de sostén público). La reducción de las ayudas públicas y el acrecentamiento de las prisiones son las dos caras de la misma moneda de reestructuración política, a los pies del orden social y urbano. Mejor aún, la misma visión resentida y racializada de los pobres ha informado el giro punitivo tanto en el bienestar como en la política de justicia: luego de las revueltas de la década de 1960, los receptores de la ayuda pública y los criminales eran “pintados de negro”, lo que activó la animosidad racial, y pasaron a ser vistos no como *carenciados* sino como *depravados*, parásitos sociales necesitados de tutela severa en lugar de apoyo.

En 1971, Frances Fox Piven y Richard Cloward (1971/1993) publicaron un clásico de las ciencias sociales titulado *Regulando a los pobres* en el cual proponían que el alivio de los pobres se expande y contrae junto con los ciclos del mercado laboral. Ese modelo sirvió por el medio siglo iniciado por el Nuevo Trato⁵. Pero en la era del capital hipermóvil y el trabajo flexible, esta alternación cíclica ha sido reemplazada por la contracción continental del bienestar social, llevando a su reemplazo por programas de supervisión que apuntan a presionar a los recipientes hacia las ranuras del trabajo de bajo ingreso (Peck, 2001), y el desencadenamiento de una burocracia penal diligente y beligerante. La supervisión de los pobres desde el brazo maternalista del Estado social ha



sido substituida por la doble regulación de la pobreza a través de la acción paternalista del “*workfare*” restrictivo y el “*prisonfare*” expansivo.

Uso el concepto de campo burocrático de Pierre Bourdieu (1994/1998, pp. 35–63) (por ejemplo, el conjunto de organizaciones que definen y distribuyen los bienes públicos) para tratar estos desarrollos en política social y política penal en un solo marco analítico. Este concepto propone que la misma forma, perímetro y prioridades del Estado son a la vez un resultado, un terreno y un juego de luchas; y que nos invita a reconectar las muchas “manos” del Estado involucradas en la producción política de la inequidad y la marginalidad. Me permite revelar que el bienestar social modernizado como “*workfare*” y la cárcel desguarnecida de su pretensión rehabilitadora forman ahora una red organizacional arrojada a los pobres en concordancia con una división generizada de control: el “*workfare*” administra a las mujeres y a los niños, y el “*prisonfare*” a los hombres –esto es, los maridos, hermanos, e hijos de esas mismas mujeres.

Mi opinión aquí es que el bienestar social y la justicia criminal son dos modalidades de política pública dirigidas a los pobres, y por ello deben ser analizadas imperativamente –y reformadas– en conjunto. Recuerden, en primer lugar, que el alivio de los pobres y la prisión penal comparten un origen histórico: ambos fueron inventados en el “largo siglo XVI” para acorralar vagabundos apartados de sus amarras sociales por el pasaje entre el feudalismo y el capitalismo y enseñarles la ética del trabajo asalariado (Geremek, 1991). Segundo, el perfil social de los receptores de ayuda pública y los presos (en términos de clase, etnia, educación, vivienda, familia e historia médica, exposición a la violencia, etc.) es casi idéntica, salvo por la inversión de género, ya que ambos son reclutados en los mismos sectores marginalizados de las clases trabajadoras no calificadas - de hecho, pertenecen a las mismas familias atrapadas en los mismísimos vecindarios urbanos que son los objetivos principales de la nueva política de “doble disciplinamiento”.

Tercero, el “*workfare*” supervisor y la prisión neutralizadora son guiados por la misma filosofía de comportamiento moral y emplean las mismas técnicas



de control, incluyendo el estigma, la vigilancia, las restricciones punitivas, y las sanciones graduadas para “corregir” la conducta de sus clientes. El “*workfare*” es llevado a cabo como un programa de trabajo condicional en el cual los receptores deben probar su voluntad de trabajar –aún si no hay empleos, o los empleos disponibles no les permiten sostener a sus familias (Collins & Mayer, 2010). En algunos estados, los receptores de la Asistencia Temporal para Familias Necesitadas (TANF en sus siglas en inglés) hacen cola junto con las personas que están en libertad condicional para pasar por su prueba de drogas y mantener elegibilidad para el sostén. En otros, las personas en libertad condicional que caen en el vagabundeo porque no pueden conseguir un trabajo son regresadas a la cárcel por no ser capaces de mantener una residencia estable.

Es importante enfatizar que, al igual que el brazo burocrático de la nación, el Estado puede perseguir remediar las condiciones y comportamientos indeseables en tres formas. Puede “socializarlos” abordando las raíces en la organización colectiva de la sociedad. Puede “medicalizarlos” tratándolos como patologías individuales. O puede “penalizarlos” aumentando sus agencias legales-policiales y dirigiéndolos a poblaciones problemáticas. Piensen en los tres modos de responder a la falta de vivienda: construir hogares de bajo costo, ofrecer servicios de salud mental, o lanzar a los vagabundos a la cárcel. Durante las últimas tres décadas, dado que los vagabundos se han convertido en un elemento de las grandes ciudades a lo largo de las sociedades avanzadas, hemos atestiguado en todas partes una deriva del tratamiento social al penal en esa cuestión, con medicalización en bajo grado y “terapismo autoritario” actuando como amortiguador o estación de paso entre los dos (Bourgeois & Schoenberg, 2009, Gowan, 2010).

Desarrollé el concepto de “*prisonfare*” como una analogía con el bienestar social (*welfare*), para designar la corriente de políticas –categorías abarcadas, programas, y discursos– que confrontan los males urbanos desplegando la policía, las cortes, las cárceles y prisiones, y sus extensiones. Estas incluyen la libertad condicional y bajo palabra, que hoy supervisan a cinco millones de individuos en los Estados Unidos, sumados a los dos



millones adicionales bajo llave, pero también la difusión computarizada de las bases de datos criminales, que cubren aproximadamente 30 millones, y los esquemas para generar perfiles y la vigilancia que apoyan (tales como la “verificación de antecedentes” de los empleadores y los corredores de bienes raíces, que se han vuelto frecuentes y que extienden las sanciones judiciales mucho más allá de los muros de la cárcel y mucho más allá en el tiempo después de que las sentencias han sido cumplidas). El “*prisonfare*” también abarca los tropos de la justificación y las imágenes de los delincuentes que circulan difundidos por académicos o políticos así como por las industrias culturales que comercian con el temor al crimen y alimentan la cultura pública con los vituperios de los criminales (el segmento sobre crimen urbano en las noticias nocturnas, los “reality shows” como *Policías (Cops)* y *Los más buscados de América (America’s Most Wanted)*, y las-24-horas-de-quejas de Nancy Grace en la CNN).

Noten que, al igual que la penalización no se limita al encarcelamiento, se extiende de manera similar más allá del “*prisonfare*” para incluir el despliegue de agencias del estado de bienestar tales como la social, educacional, médica, entre otras, hasta el punto en que operan en un modo panóptico y punitivo, con el objetivo de ejercer la supervisión disciplinaria sobre categorías y territorios problemáticos, en lugar de servir a sus necesidades. Este es el caso, por ejemplo, de las escuelas públicas de los barrios marginales que son convertidas en fortalezas que priorizan el refuerzo de estándares comportamentales, la lucha contra el absentismo y el freno de la delincuencia juvenil, a expensas de su misión educacional (Lyons & Drew, 2006).

¿Por qué los investigadores académicos de la justicia criminal, por un lado, y la política del bienestar, por el otro, no prestan atención al trabajo del otro? Esta ignorancia mutua refleja el hecho de que la mayoría de los académicos aceptan su objeto de estudio como si estuviera preconstruido en la realidad y prescripto en términos de oficiales estatales. Pero también es un efecto de la inercia institucional y el retraso intelectual. El final del siglo XIX fue testigo de la disyunción de la pregunta social desde la cuestión penal, con el aumento de sindicatos y trabajo social, por un lado, y el desarrollo de las cortes



criminales y la prisión correccional, por el otro. Dado que estos dos problemas llegaron para ser tratados como instituciones separadas, también fueron estudiados por diferentes disciplinas académicas, representadas en los dos polos técnicos de la administración del servicio social y la criminología. Pero, con la ruptura del acuerdo Fordista-Keynesiano sujetado por el trabajo fabril estable y el bienestar social protector, el fin del siglo XX fue testigo de la renovada fusión y confusión de las cuestiones sociales y penales.

Sintetizando, las definiciones establecidas de “bienestar social” y “justicia criminal” son el producto de un sentido común político y academizado que ha sido superado por la realidad histórica. Actualmente, no es posible rastrear la política penal sin estimar la política social y viceversa. No es posible comprender las tendencias de la delincuencia sin tener en cuenta los cambios en la provisión del bienestar social, la vivienda pública, el cuidado de la crianza, y programas estatales relacionados, incluyendo la vigilancia de la migración irregular (Brion, Réa, Schaut, & Tixhon, 2003) que marca las opciones vitales de las poblaciones más susceptibles al crimen callejero (tanto perpetradores como víctimas).

Una ilustración: una vez en libertad, los condenados son libres de vivir con sus familias si alquilan una vivienda pública o a través de bonos “Sección 8” dados los cambios en las leyes de bienestar –curiosamente, la misma restricción no aplica para criminales del narcotráfico de clase alta que regresan a mansiones subsidiadas por las deducciones de impuestos federales para el pago de intereses hipotecarios. A la inversa, no se pueden trazar las peregrinaciones de beneficiarios de prestaciones sociales si se ignora el hecho de que están incrustados en hogares y barrios que por necesidad se encuentran involucrados en actividades ilícitas y desestabilizados por la intrusión constante de la policía y la cárcel (Black, 2009). ¿Cómo pueden los residentes de las zonas urbanas deprimidas alcanzar un mínimo de estabilidad social, cuando la mitad de los jóvenes locales se exilió tras las rejas y la otra mitad no puede encontrar trabajo debido a la prevalencia de la verificación de antecedentes penales? (Clear, 2007).



Hay tanto que decir que el Estado penal se ha convertido en un importante motor de la estratificación, una fuente continua de inestabilidad social, y una máquina de gran alcance cultural que impacta decisivamente la forma de la ciudad y el destino de los pobres. Trunca las opciones y tuerce como nunca antes el sistema de estrategias de subsistencia y la movilidad de las fracciones marginales de la clase trabajadora postindustrial. Ningún estudioso serio de la pobreza y la desigualdad puede darse el lujo de pasar esto por alto. Por eso digo, estudiantes del bienestar y la justicia penal, ¡uníos, no tienen nada más que perder que sus cadenas conceptuales!

3. Construyendo el Estado neoliberal

Mi tercera tesis es que el mallado del “*workfare*” y el “*prisonfare*” participan de la construcción del estado neoliberal. Los economistas han propuesto una concepción del neoliberalismo que lo equipara con la regla del “libre mercado” y la venida del “gobierno pequeño” y, en general, otros científicos sociales han adoptado esa concepción (Steger & Roy, 2010). El problema es que captura la ideología del neoliberalismo, no su realidad. La sociología comparada del neoliberalismo realmente existente revela que se trata en todas partes de la construcción de un Estado centauro, liberal en la cima y paternalista en la base. El Leviatán neoliberal practica *laissez faire et laissez passer* hacia las corporaciones y la clase alta, en el nivel de las causas de la desigualdad. Pero es ferozmente intervencionista y autoritario cuando se trata de lidiar con las consecuencias destructivas de la desregulación económica para los que están en el extremo inferior del espectro de clase y estatus. Esto es porque la imposición de la disciplina del mercado no es un proceso fluido y de autopropulsión: se encuentra con la renuencia y dispara la resistencia; se traduce en la difusión de la inestabilidad social y la turbulencia entre las clases bajas; y prácticamente socava la autoridad del Estado. Por lo tanto requiere de artilugios institucionales que la anclen y la sostengan, tales como instituciones penales ampliadas y enérgicas (Wacquant, 2010b).

Contra la "estrecha" concepción de los economistas, propongo una "ancha" caracterización sociológica del neoliberalismo que añade tres componentes a la supremacía del mercado: "workfare" supervisado, un aparato policial y carcelario invasivo, y el tropo cultural de "responsabilidad personal" para pegarlos juntos. *Castigar a los pobres* muestra que, así como el "workfare" supervisado, el Estado penal hipertrófico e hiperactivo erigido por los Estados Unidos para contener las reverberaciones de la inseguridad social y el proyecto de soberanía no es una desviación del liberalismo sino uno de sus ingredientes constitutivos. Por otra parte, la relación de causalidad entre la neoliberalización económica y la expansión penal es evidente en cuanto se observa el panorama internacional (Cavadino & Dignan, 2006, Wacquant, 2009a): no es por casualidad que Inglaterra saltó a la categoría de líder en encarcelamientos en Europa Occidental bajo el gobierno de Blair mientras que Chile, el primer "laboratorio" de la vida real del neoliberalismo, se adjudicó el título para América del Sur.

La pregunta que normalmente se hace en este momento es, ¿son los cambios en las políticas los que han producido deliberadamente este Estado centauro? Esta es una pregunta difícil que exigiría una respuesta larga: la corta es que todas las políticas públicas resultan de una combinación de intenciones de liderazgo, un tanteo burocrático, un retraso organizacional, prácticas de prueba y error, y especulación electoral. Así que hay voluntad política operando en múltiples niveles, pero la forma general del Estado neoliberal no está sujeto al diseño racional; mucho menos en Estados Unidos, debido a la extrema fragmentación de su campo burocrático. Ahora bien, yo rechazo enfáticamente la opinión conspirativa de la historia que asigna el giro punitivo a un "plan" deliberado perseguido por los gobernantes omniscientes o derivado de las necesidades sistémicas de alguna gran estructura, ya sea el capitalismo, el racismo, o el panoptismo. Contra el mito demoníaco del "complejo industrial carcelario" (Davis, 2001), demuestro que el auge de la prisión no es impulsado por la búsqueda de ganancias (los intereses privados son una atracción secundaria para el castigo) y menos aún por la explotación del trabajo de los convictos (¿cómo podría ser así con menos del 0,5% de los reclusos



empleados por empresas?), pero en cambio participa de un proyecto político de construcción del Estado. Contra la visión tentacular del castigo inspirada por Foucault (1975/1977), muestro que el despliegue del Estado penal no se ramifica a través de todo el cuerpo social de manera capilar sino que es en cambio dirigido a las poblaciones estigmatizadas atrapadas en la base de la jerarquía de clases y lugares. Hoy, el subproletariado urbano estadounidense vive en una "sociedad punitiva", pero sus clases medias y altas ciertamente están excluidas de ese destino –y eso aplica a la burguesía Negra, que, sorprendentemente, se ha beneficiado de la expansión penal (Wacquant, 2010a).

Una de las grandes virtudes del concepto de Bourdieu sobre campo burocrático es que nos obliga a abandonar la noción sencilla que señala que "el Estado" es una entidad coherente que actúa como tal, para adoptar otra que lo interpreta como un espacio fragmentado de luchas sobre la selección, definición, y tratamiento de "problemas sociales". Está ahí para subrayar que el mallado del "workfare" y el "prisonfare" no es un engendro de diseño macabro, sino el resultado de la convergencia gradual y parcial de las batallas, libradas hacia y al interior del campo burocrático, sobre tres corrientes de acción del gobierno que están relacionadas con el mercado laboral de bajos salarios, las ayudas públicas y la justicia criminal. Cada uno de estos ámbitos de competencia tiene sus propios protagonistas y asuntos en cuestión, pero después de mediados de la década de 1970 se han vinculado entre sí por los hechos que se conciernen a la misma clientela despreciada, que es vista a través del mismo prisma de conductismo moral y estigma racial, y que las instituciones políticas y la cultura cívica del país ofrecen recompensas inmensas para la adopción de actitudes punitivas similares para los beneficiarios de asistencia social y los criminales, que también son los principales candidatos para el trabajo degradado así como antónimos vivientes de los buenos ciudadanos. Pero, como el neoliberalismo, el voraz Moloch penal desarrollado en Estados Unidos no es una necesidad preordinada. Otros caminos históricos fuera de la agitación de la década de 1960 estaban abiertos,



y permanecen abiertos, pero para localizarlos primero debemos dilucidar la estructura general del laberinto institucional que los contiene.

Otra de las virtudes del replanteamiento del Estado efectuado por Bourdieu (1994/1998) es que destaca su función como el "banco central del poder simbólico" y nos ayuda a comprender la actual campaña por la ley y el orden como una exhibición simbólica. De hecho, uno de los retos de *Castigar a los pobres* es el de superar la oposición ritual entre enfoques materialistas, descendientes de Karl Marx (y Friedrich Engels, quien nunca obtiene su reconocimiento como analista social de la marginalidad y la ley), y aproximaciones simbólicas, inspiradas por Émile Durkheim. La primera, ejemplificada en el texto *Pena y estructura social* de Rusche y Kirschheimer (1939/2003), ve al bienestar y la justicia penal como instrumentos de control de clase, mientras que el segundo, bien representado por el texto *Wayward Puritans* de Kai Erikson (1966) los interpreta como vehículos para enviar mensajes, comunicar normas, y vincular comunidades. De hecho, el Estado penal tiene capas múltiples y es una institución compleja que opera en ambos registros simultáneamente o secuencialmente, por lo que debemos poner fin a la hostilidad hereditaria entre estas dos visiones y combinarlas según sea necesario. El punto fuerte de las teorías de Bourdieu (1980/1990) en este frente es precisamente que nos obligan a entretrejer factores materiales y simbólicos en un análisis integrado.

Es esencial prestar atención a las dimensiones simbólicas de castigo en un momento en que la política penal se encuentra cada vez más impulsada por consideraciones expresivas y corriendo desbocada y sesgada hacia el despliegue espeluznante de la acción punitiva. Aquí me baso en el trabajo de Linda Williams (1999) sobre "el frenesí de lo visible" en la pornografía dura para señalar cómo la vigilancia y el castigo se han reconfigurado como figuras ritualizadas, repetitivas y predecibles dispuestas en un espectáculo excitante. La lucha contra la delincuencia ha mutado en todas partes hacia un teatro grotesco de la moral cívica que los funcionarios electos utilizan para montar su fortaleza masculina y vituperar a los pobres "inmeritorios" con el fin de apuntalar el déficit de legitimidad que sufren cuando abandonan la misión



protectora del Estado en el ámbito social y económico. Los políticos abogan por medidas –como toques de queda para jóvenes, sentencias de por vida para los reincidentes, o grupos de prisioneros con uniformes a rayas– que son absolutamente inútiles desde el punto de vista práctico de la reducción de la delincuencia, en tanto se adaptan a la ventilación de sentimientos vengativos para dramatizar la frontera entre el "nosotros", familias trabajadoras respetuosas de la ley, y "ellos", la detestable clase baja.

La campaña febril para poner en la lista negra y desterrar a los delincuentes sexuales que analizo en el capítulo 7 de *Castigar a los Pobres* (Wacquant, 2009b) es una especie de caso testigo en ese sentido. Es incomprensible desde el punto de vista del control del delito racional adoptado por la criminología convencional o en una lógica de control de la clase enfatizada por la economía política del castigo. La difusión de estatutos como "La Ley Megan" (que requiere el registro y notificación pública del paradero de los delincuentes sexuales) justo cuando la incidencia de los delitos sexuales está cayendo, no tiene sentido en términos de racionalidad instrumental: desperdicia el recurso escaso de la justicia penal y somete a ex-delincuentes sexuales a la humillación repetida, los empuja a la clandestinidad, y por lo tanto aumenta la probabilidad de reincidencia. Pero tiene sentido si se tienen en cuenta las dimensiones emocionales y culturales de dichas medidas: el tratamiento de los delincuentes sexuales como basura social para ser incinerada desplaza la ansiedad colectiva de los trabajos, la familia y la sexualidad hacia atroces violadores de la ley, y cementa figurativamente la unidad moral de aquellos que se definen a sí mismos en contraposición a ellos. Así que hay un sustrato material para el juego simbólico de castigo de delincuentes sexuales, pero este safari semiótico, a su vez, tiene consecuencias materiales concretas para la acción gubernamental, y ambos están entrelazados en la reconstrucción del Estado.

Es importante destacar que la retórica y la política de la ley y el orden no son una cuestión de "represión", sino, por el contrario, se trata de "producción". El teatro pornográfico de la ley y el orden participa de lo que Kenneth Burke (1966) llama una "pantalla determinista": una actuación ritual cultural que



desvía la atención de la nueva cuestión social del siglo XXI, a saber, la generalización del trabajo precario y sus múltiples efectos sobre las oportunidades de vida y estrategias de vida del proletariado postindustrial –lo que podríamos denominar la *situación cotidiana del precariado en la ciudad polarizada*.

Decir que debemos abandonar el lenguaje de la "represión" para dilucidar las permutaciones contemporáneas de la penalidad no es un giro retórico de la frase. La historia de la represión es parte de la niebla discursiva que envuelve la transformación de los medios, fines y justificaciones de la acción gubernamental. La construcción del aparato penal no se trata de suprimir algo que ya está ahí; se trata de producir nuevas realidades: nuevos tipos sociales, como el guetto "pandillero" y el vagabundeo "pedófilo"; nuevos cuerpos de conocimiento como con la leyenda de las "ventanas rotas" la teoría y los consultores en seguridad urbana que se esparcen en todo el mundo; nuevos programas gubernamentales, burocracias, y retóricas apuntadas a ciertas zonas de la ciudad y sus habitantes; y finalmente un tipo diferente de Estado. Los militantes de izquierda que vituperan la "máquina de castigo" a ambos lados del Atlántico –denunciando la quimera del "complejo industrial carcelario" en los Estados Unidos y castigando a un diabólico "*programme sécuritaire*" en Francia no se dan cuenta que la lucha contra el crimen no es más que un pretexto conveniente y una plataforma propicia para un nuevo y más amplio trazado del perímetro de la responsabilidad del Estado que operan simultáneamente en el bienestar económico y social, y en los frentes penales.

Referencias bibliográficas

- BLACK, Timothy. (2009). *When a heart turns rock solid: The lives of three Puerto Rican brothers on and off the streets*. New York, NY: Vintage.
- BOURDIEU, Pierre. (1990). *The logic of practice*. Stanford, CA: Stanford University Press. (Versión original 1980) [(2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI]



- BOURDIEU, Pierre. (1998). *Practical reasons: On the theory of action*. Stanford, CA: Stanford University Press. (Versión original 1994) [(1999). *Razones prácticas para una teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama]
- BOURGOIS, Philippe, & SCHOENBERG, Jeffrey. (2009). *Righteous dopefiend*. Berkeley, CA: University of California Press.
- BRION, Fabienne, RÉA, Andréa, SCHAUT, Christine & TIXHON, Axel. (Eds.). (2003). *Mon délit? Mon origine. Criminalité et criminalisation de l'immigration*. Brussels, Belgium: Éditions De Boeck-Université.
- BURKE, Kenneth. (1966). *Language as symbolic action: Essays on life, literature, and method*. Berkeley, CA: University of California Press.
- CAVADINO, Michael, & DIGNAN, James. (2006). *Penal systems: A comparative approach*. London, UK: Sage.
- CLEAR, Todd R. (2007). *Imprisoning communities: How mass incarceration makes disadvantaged neighborhood worse*. New York, NY: Oxford University Press.
- COLLINS, Jane y MAYER, Victoria. (2010). *Both hands tied: Welfare reform and the race to the bottom in the low-wage labor market*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- DAVIS, Angela. (2001). *The prison industrial complex*. Oakland, CA: AK Press.
- DODGE, Calvert. (Ed.). (1975). *A nation without prisons: Alternatives to incarceration*. Lexington, MA: Lexington Books.
- DOWNES, David. (1993). *Contrasts in tolerance: Post-war penal policy in the Netherlands and England and Wales*. Oxford, UK: Clarendon Press.
- ERICSON, Richard, & HAGGERTY, Kevin (1997). *Policing the risk society*. Toronto, Canada: University of Toronto Press.
- ERIKSON, Kai. (1966). *Wayward puritans: A study in the sociology of deviance*. New York, NY: Wiley.
- FOUCAULT, Michel. (1977). *Discipline and punish: The birth of the prison*. New York, NY: Random House. (Versión original 1975) [(2002). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: SIGLO XXI]
- GARLAND, David. (2001). *The culture of control: Crime and social order in contemporary society*. Chicago, IL: University of Chicago Press. [(2005). *La*

cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea. Barcelona: Gedisa]

GEREMEK, Bronislaw. (1991). *Poverty: A history.* Cambridge, UK: Basil Blackwell.

GOWAN, Teresa. (2010). *Hustlers, hobos, and backsliders: Homeless in San Francisco.* Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

JOBARD, Fabien. (2006). Sociologie politique de la 'racaille'. En Huegues Lagrange y Marco Oberti (Eds.), *Émeutes urbaines et protestations, une singularité française* (pp. 59–80). Paris, France: Presses de la FNSP.

KATZ, Michael. (1989). *The undeserving poor: From the war on poverty to the war on welfare.* New York, NY: Random.

LACEY, Nicola. (2008). *The prisoners' dilemma: Political economy and punishment in contemporary democracies.* Cambridge, UK: Cambridge University Press.

LYONS, William y DREW, Julie. (2006). *Punishing schools: Fear and citizenship in American public education.* Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.

PECK, Jamie. (2001). *Workfare states.* New York, NY: Guilford.

PIVEN, Frances Fox y CLOWARD, Richard. (1993). *Regulating the poor: The functions of public welfare* (Edición extendida). New York, NY: Vintage. (Versión original 1971)

RUSCHE, Georg y KIRSCHHEIMER, Otto. (2003). *Punishment and social structure.* New Brunswick, NJ: Transaction Press. (Versión original 1939) [(1984). *Pena y estructura social.* Bogotá: Temis].

SNACKEN, Sonja. (2010). "Resisting punitiveness in Europe?". *Theoretical Criminology*, 14(3), 273–292.

SPIERENBURG, Pieter Cornelis. (1991). *The prison experience: Disciplinary institutions and their inmates in early modern Europe.* New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

STEGER, Manfred, y ROY, Ravi K. (2010). *Neoliberalism: A very short introduction.* New York, NY: Oxford University Press.



- VAN CAMPENHOUDT, Luc, CARTUYVELS, Yves, DIGNEFFE, Françoise, KAMINSKI, Dan, MARY, Philippe, y REA, Andrea. (Eds.). (2000). *Réponses à l'insécurité. Des discours aux pratiques*. Brussels, Belgium: Éditions Labor.
- WACQUANT, Loïc. (2008). *Urban outcasts: A comparative sociology of advanced marginality*. Cambridge, UK: Polity Press. [(2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y estado*. Buenos aires: Siglo XXI]
- WACQUANT, Loïc. (2009a). *Prisons of poverty*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [(1999). *Las Cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial].
- WACQUANT, Loïc. (2009b). *Punishing the poor: The neoliberal government of social insecurity*. Durham, NC and London, UK: Duke University Press. [(2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa]
- WACQUANT, Loïc. (2010a). "Class, race and hyperincarceration in revanchist America". *Daedalus*, 140(3), 74–90.
- WACQUANT, Loïc. (2010b). "Crafting the neoliberal state: Workfare, prisonfare and social insecurity". *Sociological Forum*, 25(2), 197–220. [(2011). *Forjando el Estado Neoliberal*. Rosario: Pensar]
- WACQUANT, Loïc. (2012). *Deadly symbiosis: Race and the rise of the penal state*. Cambridge, UK: Polity Press.
- WILLIAMS, Linda. (1999). *Hard core: Power, pleasure, and the "frenzy of the visible"* (Edición extendida). Berkeley, CA: University of California Press.

Notas

¹ Traducción de Alejandra Martínez, revisión técnica de Diego P. Roldán.

² Loïc Wacquant es Profesor en la University of California en Berkeley, e investigador en el Centre européen de sociologie et de science politique, París. Es autor de numerosos trabajos sobre inequidad urbana, dominación racial, Estado penal, y teoría social, traducidos a veinte idiomas. Entre sus libros en español están los textos *Entre las cuerdas. Cuadernos etnográficos de un aprendiz de boxeador* (2004), *Los Condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado* (2007), *Las dos caras de un gueto* (2009), y *Castigar a los pobres. El*



gobierno neoliberal de la inseguridad social (2010). Para más información véase loicwacquant.net.

³ Este artículo presenta los argumentos centrales de mi conferencia magistral para la Reunión Centenal de la Deutsch Gesellschaft für Soziologie, Goethe Universität, Frankfurt am Main, Alemania, el 14 de Octubre.

⁴ El concepto refiere al conjunto de políticas que responden a los problemas sociales con medidas punitivas que involucran la policía, los tribunales, las cárceles y sus extensiones.

⁵ Nota de la T.: Nuevo Trato es la traducción de la expresión en inglés *New Deal*. El New Deal fue un plan económico y político desarrollado por Benjamin Franklin luego de la Gran Depresión de 1930.



MIS CINCO LIBROS PREFERIDOS EN SOCIOLOGÍA (CON DISCULPAS DE LOS SIGUIENTES 95)¹

Loïc Wacquant

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

Es imposible seleccionar cinco libros de sociología sin dejar fuera importantes trabajos y desairar a muchos excelentes científicos sociales, clásicos y contemporáneos, que merecen figurar en la mayoría de la lista de preferencias de cualquiera. Así que primero quisiera disculparme con los 95 autores que no tengo espacio para mencionar aquí.

Aún así seleccionar el libro número uno, para mí, es muy fácil: cuando encontré el libro de Pierre Bourdieu *Le Sens pratique* (1980, traducido al español *El sentido práctico*, 1991, es Taurus, Madrid) sentí que estaba siendo electrocutado mentalmente. Reflexionar acerca de este libro unas páginas al día, a la mañana temprano y tarde por la noche, en mi departamento vacío en la isla colonial de Nueva Caledonia (donde estaba llevando a cabo trabajo de investigación mientras hacía el servicio militar a mediados de los '80) fue existencialmente una experiencia estimulante e intelectualmente transformadora. Fue como si mi cerebro estuviese siendo sociológicamente reconectado línea por línea, sinapsis por sinapsis. La explicación de Bourdieu de los méritos y límites del objetivismo y el subjetivismo (encarnados, respectivamente, por el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss y la fenomenología de Jean-Paul Sartre); la trascendencia de esta antinomia a través de los conceptos de habitus y poder simbólico; la encarnación de valores y creencias colectivas; la constitución temporal de la acción; la inculcación ritual y la capacidad performativa de los principios de la visión social y la división; el imperativo de la reflexividad: todos los ladrillos para la construcción de la más poderosa teoría social de nuestra era son esculpidos en este libro. La exposición del modelo de Bourdieu sobre la práctica está más avanzado



teóricamente en *Meditaciones Pascalianas* (traducción al español, 1999), pero *Le Sens pratique* es incomparable por su perfecta red de disquisiciones epistemológicas, observación empírica, y audacia analítica. Todavía puedo sentir el hormigueo de excitación bajando por mi espina mental cada vez que tomaba una de mis cuatro muy anotadas copias del libro (una había sido gravemente deformada por mi perro raza malamute en Chicago; luego de este episodio canino Bourdieu me ofreció una copia dedicada que es mi máspreciado libro).

Listaré los próximos cuatro libros en orden alfabético porque sería arbitrario tratar de rankearlos. Siete décadas luego de su publicación, la meticulosa anatomía de Marc Bloch sobre *La Sociedad Feudal* (1939, traducido al español en 1958) continúa siendo una piedra de toque de la “historia total” así como un paradigma para una sociología dinámica de las relaciones entre el entorno natural, la morfología social, las relaciones de clase, y las mentalidades. En él, Bloch adapta los principios de la sociología Durkheimiana para la historia social y lanza la escuela de los Annales que revolucionaría la historiografía.

L'Évolution pédagogique en France de Émile Durkheim (el contenido de un curso publicado póstumamente en 1938; traducido al español como *La educación pedagógica en Francia* en 1982) merece un premio por ser el mejor libro con un aburrido y desorientador título. Ya que no es menos que una sociología histórica de la razón, capturada a través de la transformación de las instituciones sociales y las doctrinas en Francia a lo largo de quince siglos. Se lee como una novela detectivesca sobre la invención de la mente moderna que oculta cada estereotipo de Durkheim como estático, conservador, pensador funcional preocupado por algún problema abstracto del “orden”.

Slavery and Social Death: A Comparative Study (1984) de Orlando Patterson es una investigación magistral al interior de la esclavitud humana como una institución social. Es un texto Weberiano en enfoque y método, Durkheimiano en audacia y claridad, y Pattersoniano clásico por su implacable desprecio por las vacas sagradas de los especialistas de toda clase. Patterson deambula a través de sesenta y seis sociedades de cinco continentes durante



tres mil años para construir un concepto sociológico riguroso de la esclavitud como forma extrema de dominación fundada en la articulación triangular de “alienación natal”, “deshonor generalizado” y “extrema impotencia”. De paso, desmantela la correlación simplista entre raza y esclavitud, examina el nacimiento de la idea de libertad, y realiza una contribución de referencia en el estudio del poder. El poder es también epicéntrico en el libro *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil* (1993, traducido al español como *La muerte sin llanto: la violencia y vida cotidiana en Brasil*, 1997) de Nancy Scheper Hughes, el cual es una piedra de toque del oficio etnográfico sobre cómo escribir sociología. Scheper Hughes trae una innovadora teoría feminista y un infrecuente coraje moral para cargar con dos décadas de trabajo de campo probando cómo la pobreza absoluta transfigura la práctica y el significado del amor materno en las villas miseria del Nordeste. Pero su mensaje analítico, estructura social conectiva, emoción encarnada, e igualdad de clase y género, es universal. Y demuestra que, en su mayor expresión, la sociología une los poderes de la literatura, la filosofía y la ciencia para iluminar la condición humana como ningún otro oficio intelectual.

Notas

¹ Publicado originalmente en inglés en *Sociologie Magazine* (Amsterdam), primavera 2011. Traducción al español de Alejandra Martínez, revisión técnica de Diego P. Roldán.